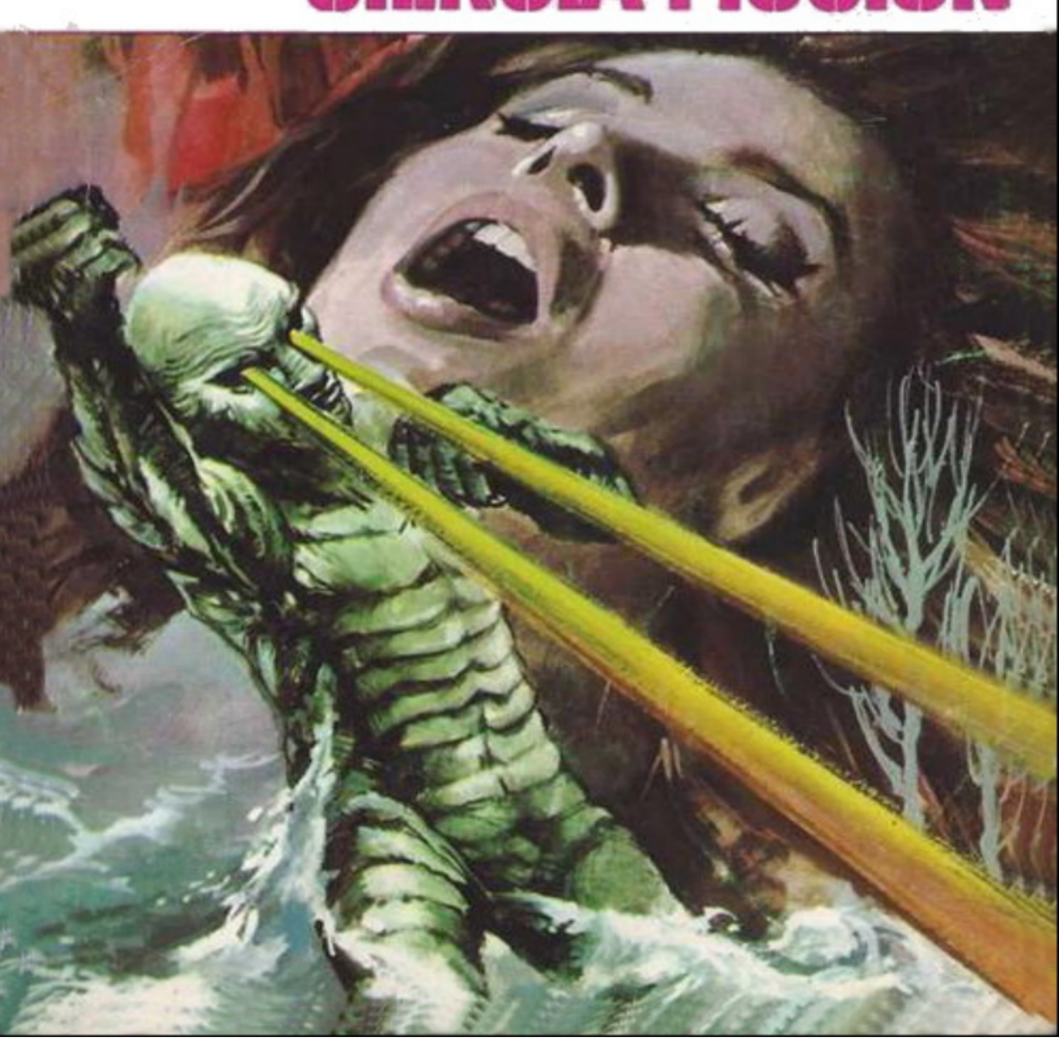
BOLSILIBROS BRUGUERA
la conquista del ESPACIO

TIERRA CALCINADA

Ralph Barby

CIENCIA FICCION





TIERRA CALCINADA

Ralph Barby

CIENCIA FICCION




La conquista del
ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

488 - El secreto del Dr. Tyne, *Glenn Parrish*.

489 - ¡Sargazos¡, *Curtis Garland*.

490 – La guardia espacial, *Clark Carrados*.

491 – El planeta de los hombres alados, *Joseph Berna*.

492 – Una tumba en el espacio, *Clark Carrados*.

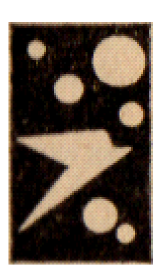
RALPH BARBY

TIERRA CALCINADA

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 493

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 37.551 - 1979

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: enero, 1980

Concedidos derechos exclusivos *a* favor

de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1980

CAPÍTULO PRIMERO

Abrió los canales de información y las luces del cuadro de centelleantes colores fueron mostrando un verde tras otro, indicando que todo estaba perfectamente. Las puertas se hallaban presurizadas y las bombas trabajaban nivelando la atmósfera artificial de interior de la cosmonave.

—Aquí Center Control Marte Cero, aquí Center Control Marte Cero, llamando al comandante Mark Lastman, llamando al comandante Mark Lastman...

Los dedos fuertes y seguros abrieron el canal de intercomunicación.

—Aquí el comandante Mark Lastman, escucho, estoy listo para' partir.

—Un momento, comandante Lastman.

—¿Ocurre algo?

—Mark, ¿me escuchas? Soy el coronel Boyer.

—Hola coronel. ¿Qué sucede?

—Nada importante, un trabajo de rutina.

—Voy a partir, en estos momentos ya tengo la. cosmonave cerrada y lista para despegar.

—Lo sé, no te apures; no has de recoge;- ninguna saca de correos.

—¿De qué se trata entonces?

—En dirección a la Tierra viaja una pequeña nube cósmica; es muy pequeña, posiblemente plasma cósmico. Ya sabes que los científicos lo estudian todo, querrán encontrar señales de aminoácidos o algo que se le parezca; asunto de investigación.

—¿Temer, que ocurra algo con esa nube cósmica?

—No; seguro que cuando llegue a la atmósfera terrestre se desintegra con el rozamiento. Es polvo cósmico, posiblemente micrometeoritos sin importancia. Pueden ser restos de la cola de algún planeta perdido, un jirón de cola; de todos modos, los científicos quieren una muestra de esa sopa cósmica.

—Si sólo es eso…

—Bien, ya puedes partir. No lo olvides, recoge una muestra y entrégala a! departamento de investigación; ellos se encargarán de todo.

Jeff Pacheco, compañero de viaje de Mark Lastman, volvió la cabeza.

—Pregunta si está de camino o tendremos que ir a buscarla.

—Eh, coronel, ¿me darán las coordenadas espaciales de esa nube con la velocidad de traslación?

—Sí, pasamos los datos directamente a la memoria de tu computador; abre el canal de acceso a la memoria.

Mark Lastman dio vuelta a una palanca mientras desde el Center Control Marte Cero fe pasaban los datos.

Minutos más tarde, la cosmonave despegaba del astro- puerto de la colonia terrícola en Marte.

Para Mark Lastman, aquél era un viaje rutinario. No tenía mayor complicación viajar de Marte a la Tierra cuando había llegado con su nave a los confines del Sistema Solar en misión exploratoria.

En realidad, viajaba hacia la Tierra para tomarse unas merecidas vacaciones después de tanto tiempo de viajar por el espacio sideral a la búsqueda de los enigmas del universo, enigmas que se habían ido multiplicando a la par que se realizaban nuevos descubrimientos. Cada descubrimiento traía consigo no menos de diez enigmas por descubrir, pero el ser humano terrícola era insaciable.

—¿Qué harás cuando llegues a la Tierra, Mark?

—No lo sé.

Jeff sonrió mostrando sus dientes grandes y ligeramente separados entre sí, lo que le daba un aire simpático.

—Yo pienso tomarme unas vacaciones completas en las islas Fiji; dicen que aquello está imponente de mujeres de todas las razas.

—Seguro.

—Desde que se recuperó el medio ambiente y todo se purificó, aquello es un paraíso y no hay ni siquiera tiburones gracias a las barreras subacuáticas.

—Es posible que yo haga un viaje por la Amazonia. Después de tanto tiempo en el espacio, viendo sólo estrellas y planetas muertos, estoy hambriento de Naturaleza. Quiero ver árboles, tocar la vegetación con mis manos.

—¿No tienes bastante con los videotapes a color y en tres dimensiones sobre la selva, que tenemos para distraernos?

—¿Tienes tú bastante con las mujeres que ves en la pantalla?

Jeff Pacheco soltó una carcajada.

—De veras que no. Si no toco, si no huelo, si no muerdo, no es una mujer lo que tengo delante, sino una ilusión.

El viaje resultó rutinario. Mark efectuó una conexión con el planeta Tierra para estar al corriente de las últimas noticias.

Todo iba bien. El planeta Tierra seguía latiendo y sus pulsaciones se notaban en los cientos de pequeños seísmos diarios.

La política no tenía excesivos problemas desde que se fundara la Confederación Federal Terrestre, que hermanaba a todos los países del globo con un parlamento federal ejecutivo y los parlamentos locales para resolver los problemas propios de cada pequeña nación.

Ya no había ejércitos que pudieran pelearse entre sí por motivos estúpidos o simple ambición personal de sus dirigentes.

Él viaje discurría con absoluta normalidad hasta que…

—i Eh, Mark!

-¿Sí?

—¡Ya la tengo en pantalla!

—¿La nube cósmica?

—Sí, la sopa de micrometeoritos.

—Apunta hacia ella con todos los sensores.

—Es lo que estoy haciendo.

—¿Algún dato?

—Son algo fosforescentes, por eso se le habrá prestado atención.

—¿Radiación atómica?

—No.

—¿Algún otro tipo de radiación?

—Haremos un análisis telespectrográfico, pero no parece que tenga mucha importancia. A lo largo de mi vida de cosmonauta he visto muchas nubes cósmicas.

—¿Alguna parecida a ésta?

—Pché...

—Tomaremos la muestra que se nos ha pedido para que los científicos puedan entretenerse con ella.

—Sí; una muestra que quedará para la ciencia y para algún museo, porque el resto de la nube desaparecerá con el roce con la atmósfera terrestre.

—Bien, como nos lo han pedido, allá vamos.

—¿Piensas salir?

—Sí, prefiero tomar la muestra yo mismo a hacerlo con el cazo mecánico.

—¿Por qué?

—No sé —se encogió de hombros.

—Lo que pasa es que tienes ganas de caminar por el espacio.

—Puede. Lo cierto es que si he de tomar muestras, quiero que sean de las mejores.

—Si entramos por la cola de la nube, no sufriremos ningún rozamiento.

—Trataremos de nivelar totalmente nuestra velocidad con la de la nube, Después la cruzaremos y la dejaremos atrás.

—De acuerdo —aceptó Jeff Pacheco.

Mark Lastman fue quien maniobró con la cosmonave para situarse tras la nube algo fosforescente que viajaba por el espacio rumbo a la Tierra, como si una fuerza que emanara del planeta la atrajera hacia sí.

—¿Y si la deshacemos?

—No merece la pena gastar una bomba termonuclear en esta nube, que, como tú has dicho, se deshará con el roce de la atmósfera.

La cosmonave situada ya detrás de la nube avanzó despacio hasta penetrar en ella.

—Parece más pequeña así, ¿verdad? —opinó Jeff Pacheco.

—Sí, creo que se le ha dado más importancia de la que tiene —asintió Mark.

—Habrá sido su fosforescencia.

—La densidad de la nube es mínima.

—Sí, los micrometeoritos están muy separados entre sí. Si sacas un taco de billar o mejor un matamoscas arcaico, puedes empezar a darles.

—Voy a ponerme el traje de supervivencia.

—Mantendré la vigilancia con una telecámara por si tienes problemas.

—No creo, es uno de los trabajos más sencillos que me han

encargado en mi vida de cosmonauta.

Con el traje de supervivencia, se situó en la cámara de despresurización. Hizo que las bombas succionaran el aire que no debía de perderse en el espacio y luego se encendieron las luces verdes.

Mark se había colocado a la espalda un microcohete por si alguna maniobra le salía mal, aunque no pensaba utilizarlo.

Salió al espacio y, fuera de ¡a gravedad artificial que había dentro de la nave, pegó las suelas de sus botas magnéticas al fuselaje, justo por los nervios que debían de seguir, pues si se salía de esas líneas que apenas quedaban dibujadas en la plancha exterior, las botas se desprenderían de la superficie y él quedaría flotando en el espacio.

Llevaba consigo un bote de muestras.

La nave no se había situado en medio de la nube cósmica, sino debajo y, al subir sobre la parte alta del fuselaje, comenzó a ver flotando a su alrededor los micrometeoritos, que debían tener un tamaño aproximado al de un guisante.

Como la cosmonave y los micrometeoritos viajaban a la misma velocidad, sin una atmósfera a la cual rozar, semejaban detenidos en el espacio; era como si no se movieran.

Mark experimentó una extraña sensación. Se quedó mirando en torno suyo aquella nube que flotaba en el espacio y que, sin embargo, viajaba a una gran velocidad hacia el planeta Tierra. Parecían tan inofensivos...

En su conjunto eran iridiscentes. La luz solar se reflejaba en ellos y era como estar inmerso en una sinfonía de colores.

Aquella nube tenía una vibración que Mark Lastman captaba y estaba seguro de que los sensores de la nave no la registraban. Era algo que estaba por encima de los aparatos normales de detección, era como algo cargado de espíritu, un pensamiento que se le antojó absurdo, pues se hallaba frente a unos meteoritos inertes.

—Mark, ¿me oyes?

Tardó unos segundos en responder a su compañero.

—Sí, te oigo.

—¿Te ocurre algo?

—No, no me sucede nada.

—Es que te he visto muy parado, mirando en derredor.

—No sé cómo explicarlo, es una sensación rara. Es como hallarse dentro de una de esas bolas que imitan nevadas y en las que se ve Notre Dame, la torre Eiffel o la estatua de la Libertad.

—Sí, ya me imagino. ¿Crees que puede haber rozamientos?

—Puedo decirte que reflejan perfectamente la luz solar y no almacenan calor. El conjunto de la nube no tiene temperatura apreciable.

Mark cogió uno de los pequeños meteoritos entre sus dedos y lo observó con atención a través del yelmo espacial.

—No sé lo que es, pero recuerda a una canica de cristal de esas con las que juegan los niños.

—Por el análisis espectrográfico, puedo decirte que es un compuesto silíceo, que tiene fósforo y algunos otros metales en proporciones mínimas; pero no es a nosotros a quienes compete analizarlo, sino a los científicos que han pedido la muestra.

—Bien, voy a guardar las muestras.

Mark abrió el frasco de muestras, que conservaría los pequeños meteoritos a la misma temperatura a la que eran encontrados.

Dentro del boté antitérmico y antihigroscópico, Mark puso todos los meteoritos que pudo, observando que todos los que alcanzaba a ver tenían la misma forma y tamaño. Cerró el envase y tuvo la sensación de que algo rugía en torno suyo y no supo a qué atribuirlo.

—Jeff…

—¿Sí?

—¿Has puesto en marcha algún motor?

—No.

—Qué raro. Comprueba que el casco no haya sufrido algún rozamiento, he oído un extraño mido. Voy a regresar al interior de la

nave.

Siempre pegado a las líneas marcadas en el fuselaje, volvió a la compuerta.

Tuvo la sensación de que había algo detrás de él, que vibraba; se giró y sólo vio la nube, que semejaba flotar sobre la cosmonave, aunque en realidad nube y_ cosmonave viajaban a idéntica velocidad en dirección a la Tierra.

Mark penetró en la nave y se despojó del traje de supervivencia espacial, llevando el termo a la supernevera que habría de conservarlo.

—Estabas un poco raro afuera, ¿no?

—No sé, había algo que no he podido comprender del todo. Son-sensaciones que a veces siente uno cuando se halla solo en el espacio sideral, sin una nave que Io arrope, aunque en este momento ha sido distinto.

—Me temo, Mark, que estás necesitando patear la

Amazonia para reencontrar tus raíces terrícolas. No han sido pocos los cosmonautas que en largos viajes siderales se han vuelto locos.

Mark se aposentó en su butaca y puso en marcha los cohetes de propulsión para aumentar la velocidad y de esta forma alejarse de la nube. Ellos llegarían antes al planeta Tierra, gracias a la propulsión de la energía atómica.

La arribada al planeta Tierra fue una simple rutina.

La nave aterrizó en el macroastropuerto, lejos de toda población urbana, que podía resultar altamente perjudicada en un accidente que sufrieran las cosmonaves.

Dejaron la gran cosmonave para la revisión.

Mark Lastman se presentó al general Bolshoi, que miró el contenedor de muestra y comentó:

—No, no, yo no puedo hacerme cargo de estas muestras.

—Recibí la orden en el planeta Marte.

—Sí, ya se me comunicó; pero usted debe entregarlo personalmente

en el laboratorio Arquímedes. Ya sabe las severas medidas de seguridad que regulan la recogida de muestras extraterrestres.

—No tengo un vehículo, tendré que tomar uno oficial.

—No se preocupe; yo iba a abandonar el despacho y le llevaré con mucho gusto.

—En ese caso, ¿por qué no lo entrega usted?

—Porque es usted quien debe presentar su tarjeta de identificación en el momento de la entrega de muestras extraterrestres. El responsable es usted.

Jeff Pacheco también subió al vehículo del general Bolshoi. Después de todo les dejaría junto a la metrópoli y Jeff ardía en deseos de ir a un buen hotel con instalaciones de ocio, sala de fiestas incluida.

—Estoy ansioso por tornar un buen baño con agua no recuperada; uno nunca sabe ya si se está lavando con agua pura o con sus propios orines.

—Vamos, Jeff no tengas tan mal gusto o no vuelo más contigo.

El general Bolshoi les introdujo en el complejo laboratorio Arquímedes, un lugar acordonado con sofistica das barreras de protección para que nadie allí fuera molestado. Las instalaciones eran de lo más moderno, funcional y de gran fiabilidad.

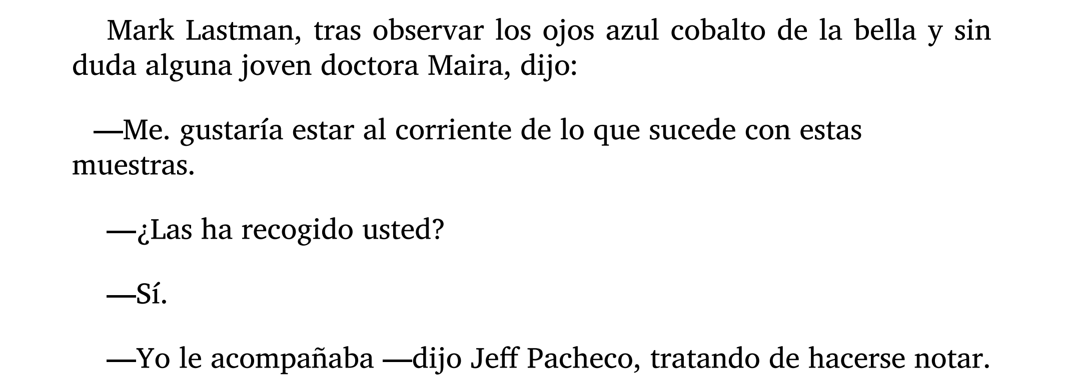
Después de pasar por la recepción, fueron atendidos en un despacho por una mujer que se presentó a sí misma:

—Soy la doctora Maira, responsable del centro en ausencia del doctor Hertz, que se halla ausente.

Jeff Pacheco miró asombrado a Mark, tras observar a la doctora, una espléndida mujer de figura alta y esbelta, de largo cabello rubio dorado recogido en la nuca.

—¿Usted dirige todo este centro de investigación? —le preguntó Mark.

-—No exactamente. Soy doctora en física cosmológica y ayudante del doctor Hertz; en su ausencia, trato de que el centro funcione con la propia inercia que le proporciona la ciencia y la vitalidad del maestro.



Mark Lastman, tras observar los ojos azul cobalto de la bella y sin duda alguna joven doctora Maira, dijo:

—Me. gustaría estar al corriente de lo que sucede con estas muestras.

—¿Las ha recogido usted?

—Sí.

—Yo le acompañaba —dijo Jeff Pacheco, tratando de hacerse notar.

El general Bolshoi, haciendo ademán de retirarse, dijo:

—Bueno, les dejo con las formalidades.

—Espere, general, no tenemos vehículo.

La doctora Maira, con una sonrisa cordial, se ofreció.

—No se preocupen, ya les llevaré yo misma con mi vehículo al punto que deseen de la metrópoli.

—Les dejo en buenas manos —dijo el general, alejándose.

La doctora tomó ,el contenedor de muestras. Temiendo que lo abriera, Mark advirtió:

—Ahí dentro están en las condiciones exactas en que fueron tomadas en el espacio.

—No tema, no lo abriremos hasta que sea el momento adecuado. Poseemos las instalaciones necesarias para hacer el trabajo con el máximo de rigor científico.

—¿Qué piensan encontrar en esos meteoritos? ¿Aminoácidos? —preguntó Jeff Pacheco con su habitual sonrisa, que ponía al descubierto sus grandes dientes.

—Jeff Pacheco está preocupado, porque opina que no servirán de nada; la nube se destruirá al llegar a la atmósfera terrestre.

—No siempre es así, depende del tipo de elementos que compongan el meteorito. Parece que le han tomado aprecio a estas muestras.

—Así es —admitió Mark Lastman.

—Las quiere tanto que no piensa separarse de ellas —rezongó Jeff, al ver el contenedor entre las dos firmes, altas y bien marcadas mamas de la doctora Maira.

CAPITULO II

La nube cósmica o sopa sideral, como la llamaba Jeff Pacheco, llegó a la atmósfera terrestre de noche.

Unos telescopios automáticos, con equipos de grabación incorporados, registraron el momento en que los diminutos meteoritos se recalentaban y se ponían incandescentes.

Fue una verdadera lluvia de estrellas; como fuegos artificiales cósmicos, como una maravillosa y gigantesca lámpara espacial, que caía sobre el lago Honey en California.

Sentado en una silla de lona plegable, el niño Bob Bryan contempló extasiado el fantástico espectáculo.

En otro momento, su emoción le habría hecho correr hacia la casa que se levantaba junto al lago para contárselo a su madre. Pero su madre había ido al pueblo para hacer unas compras y para pasarse por la peluquería, lo que el pequeño Bob aprovechaba para pescar.

Vio caer la lluvia de estrellas, que no era otra cosa que los pequeños meteoritos en estado incandescente y que a gran velocidad se precipitaban del cielo hacia la superficie del planeta, en aquel caso hasta las tranquilas aguas del lago Honey.

Aun siendo de noche, pudo ver, gracias a una luna magnífica, la penetración de los meteoritos en las aguas.

De la superficie del lago brotaron pequeñas columnitas de vapor y unos segundos más tarde la noche volvió a ser tranquila como siempre. Todo había sido tan rápido que el niño ya no estaba seguro de si lo había visto o no.

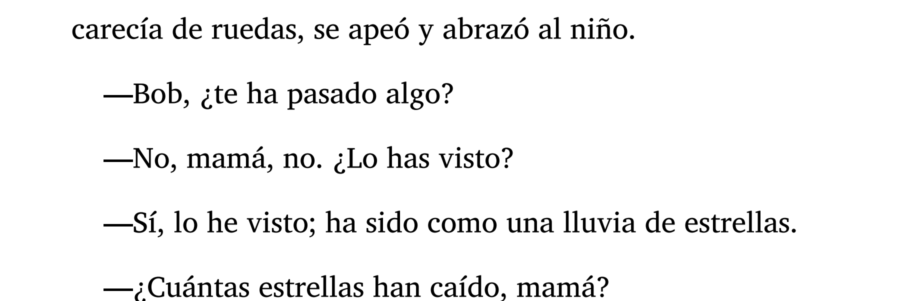
No tardó en oír un claxon.

Abandonó su silla y corrió hacia el vehículo, que llegó junto a la casa, que, por su estructura, más parecía una cabaña de lujo.

—¡Mamá, mamá!

—¡ Bob!

La madre, tras descansar la panza del vehículo en el suelo, pues



carecía de ruedas, se apeó y abrazó al niño.

—Bob, ¿te ha pasado algo?

—No, mamá, no. ¿Lo has visto?

—Sí, lo he visto; ha sido como una lluvia de estrellas.

—¿Cuántas estrellas han caído, mamá?

—Ninguna, Bob, ninguna. Yo también las he visto, pero son micrometeoritos, como polvo cósmico.

—Han caído en el lago, mamá.

—Por unos minutos, me ha asaltado el temor de que cayesen encima de la casa. Vamos, vamos adentro.

Cogido por su madre, el pequeño Bob Bryan preguntó:

—¿Temías que me cayeran sobre la cabeza, mamá?

—Algo así.

—¿Y qué hubiera pasado?

—No quiero ni pensarlo. Anda, vamos adentro.

Aquella noche, Bob Bryan, emocionado como estaba, no concilio el sueño. Su perro aulló, lastimero, y rascó la puerta con insistencia, ya que solía dormir en el porche.

El niño abandonó el lecho para acercarse a la puerta, la abrió y dijo al animal;

—Anda, pasa; pero no hagas mido o mamá te echará.

El perro trepó a la cama del niño y durmieron juntos. Cuando salió el sol, el niño ya estaba vestido.

—Vamos, «Truck», hay que ver las estrellas del lago.

El can saltó alrededor del muchacho, pero al acercarse al lago, al pequeño malecón donde estaba atracada una barca, el animal demostró inquietud.

—¿Qué te pasa, «Truck»? ¿Tienes miedo? Anda, sube a la barca.

El animal ladró como respuesta a la invitación.

—Bueno, quédate ahí si quieres. Yo voy a buscar las estrellas.

El perro se quedó en el malecón de madera propiedad de los Bryan.

Bob comenzó a remar, tras soltar la amarra. Según creía, iba a la búsqueda de las estrellas, cuando tuvo la impresión de que tras él había algo por la forma en que ladró el perro.

Se volvió y del susto que recibió al ver lo que estaba a poca distancia de él, soltó los remos y se encogió sobre sí mismo.

Aquel ser era gigantesco, de cinco a seis metros de altura, con aspecto humano si se pensaba en las formas de los hambres de la Tierra, pero para Bob era un ser monstruoso, que se hallaba con los pies metidos en las aguas del lago.

De pronto, emitió un sonido que casi era un bufido, mientras los ojos, extraordinariamente grandesˆ se le encendían en color purpúreo, que se tornaba más y más claro, como un hierro que se estuviera calentando.

—¡ Bob! —gritó la madre, asomando por la puerta. Ella también acabada de descubrir al monstruo.

Diana Bryan, cubierta con una bata, corrió hacia el interior de la casa y volvió, a salir, armada con una escopeta.

—¡Mamá, mamá! —gritaba el chico, aterrorizado, encajado en el interior de la pequeña embarcación, mientras el extraño ser daba' unos pasos hacia él.

—¡Quieto! —<gritó Diana, mientras se echaba la escopeta a la cara y hacía su primer disparo.

Había apuntado a la cabeza del gigante surgido del lago; Diana estaba segura de haberle dado. De súbito, se produjo un fortísimo zumbido que obligó a Bob a taparse con manos y brazos los oídos y parte de la cara.

La madre, a distancia, boquiabierta, desconcertada y aterrada a la vez, vio cómo el ser se descomponía en una especie de enjambre o nube, una masa informe, que a gran velocidad desapareció hacia el bosque hasta que la perdió de vista.

—¡Bob, rema hacia el embarcadero! ¡Rema, rema!

El perro, encogido sobre sí mismo, no ladraba. Al fin, Bofo reaccionó y remó despacio hacia el embarcadero.

* * *

Jeff y Mark se hallaban junto a la amplísima piscina del magnífico hotel en el que se habían hospedado, a las afueras de la metrópoli terrestre.

En la pantalla de TTV que tenían sobre la mesa, protegida por una sombrilla filtrante de rayos solares, el locutor puso un especial énfasis al decir;

—Les pasamos una grabación en espléndido colorido que pudieron tomar los *cameramen* de nuestra teleemisora de la magnífica lluvia de estrellas que millones y millones de personas pudieron contemplar anoche...

Mark Lastman y Jeff Pacheco pudieron ver en pantalla lo que ya habían visto al natural. Si alguien conocía bien aquella lluvia de estrellas, era Lastman, que había estado rodeado por los pequeños micrometeoritos, cogiéndolos entre sus dados antes de que llegasen a la atmósfera terrestre donde se habían puesto incandescentes, ofreciendo el fabuloso espectáculo de una aparente lluvia de estrellas.

—¿Qué te parece, Mark?

—Como espectáculo, muy bonito. Por lo visto no se desintegraron con el roce de 1a atmósfera.

—Deben poseer una gran resistencia al calor y al rozamiento contra el aire y otras partículas en suspensión aérea.

—Posiblemente, pero de esto nos hablará mucho mejor la doctora Maira. Escuchemos lo que dice el presentador de la tele...

La voz en *off* explicaba el fenómeno; dijo que se había tratado de una nube cósmica de micrometeoritos sin importancia, que algunas muestras se estaban investigando e incluso mencionó a los dos cosmonautas que habían estado en la nube.

—¡ Somos famosos, Mark! —palmoteó Jeff.

—Anda, calla.

—Los micrometeoritos no se deshicieron en la atmósfera y cayeron en el lago Honey sin causar ningún daño —prosiguió el locutor—. Hay que tener en cuenta que, según los datos que poseemos, estos micrometeoritos no superan el tamaño de un guisante…

Jeff rezongó:

—Eso hará sonreír a la gente.

—Atención, pasamos comunicación con nuestro compañero en la unidad móvil que se halla junto al lago Honey en California, donde vieron caer la formidable lluvia de estrellas…

El segundo locutor estaba en el lago, muy cerca de una bonita cabaña con línea arquitectónica antigua.

—Me gustaría pasar una semana en esa cabaña junto al lago —opinó Jeff.

Mientras la cámara enfocaba a unos policías impidiendo a un grupo de curiosos que se acercaran a la casa o a la orilla del lago, el locutor continuó.

—Un niño, Bob Bryan, vio caer los guisantes espaciales en este lago donde forzosamente tuvieron que enfriarse. Todo hubiera acabado ahí, si esta mañana te señora Bryan, viuda, que vive con su hijo Bob, no hubiera llamado a la policía asegurando que había visto a un ser gigantesco, que, saliendo de las aguas, estuvo a punto de atacar a su hijo. Según cuenta la señora Bryan, disparó su escopeta de caza. Miren, el niño acaba de asomarse al porche. Veremos si acepta que le hagamos unas preguntas.

El reportero de la teleemisora, que se hallaba sobre una plataforma móvil, se desplazó en el aire hasta quedar junto a la baranda de! porche. El niño lo miró con ojos muy abiertos.

—Tú eres Bob Bryan, ¿verdad?

—Sí.

—Mira a la cámara, Bob. Eres importante, millones de personas te están admirando y contemplando en directo.

El niño obedeció, mirando hacia el objetivo. El cámara sacó un primer plano de sus ojos, cargados de ingenuidad y algo de miedo.

—Dime, Bob, ¿de veras viste a un gigante?

—Si'.

—¿Dentro del agua?

—Tenía los pies dentro del agua.

—¿Y era alto?, muy alto?

—Sí, muy alto.

—¿Diez metros, quince acaso?

—No lo. sé.

—Es posible eme tuviera quince metros. Daría mucho miedo, ¿verdad?

—Sí,

—Ese t:pejo —rezongó Mark Lastman— está poniéndole palabras en la boca que el niño no ha dicho.

—¡Bob, Bob! -

Acababa de salir la madre, que corrió hacia el niño, apartándolo del reportero de televisión, que hizo un gesto de resignación.

—La mamá rescata a su cachorro de la curiosidad de ustedes, queridos espectadores.

Diana Bryan había salido al porche acompañada de un capitán de policía y de dos hombres de paisano, que debían pertenecer a la autoridad.

—Comisionado Holloway, comisionado Holloway —interpeló el reportero.

-¿Sí?

Uno de los hombres de paisano se detuvo y la cámara

lo enfocó.

—¿Es cierto que el niño vio a un gigante?

—El niño estaba preocupado por la caída de los meteoritos sobre el

lago.

—Pero ¿había gigante?

—¿Ha visto usted huellas de gigantes por los alrededores?

—No, yo no.

—Pues si usted, con un peso de ochenta kilos, deja huellas, ¿cómo no iba a dejarlas un ser que tuviera cuatro o seis metros de altura?

—¿De modo que tenía entre cuatro y seis metros?

—Si hubiera existido, puede ser.

—¿Y eso de que se convirtió en una especie de nube y se fue por encima de las copas de los árboles? Si fuera así, no tenía por qué haber dejado huellas.

—Lo que hemos descubierto es que el niño es aficionado a la lectura de cómics de ciencia ficción.

—¿Y el escopetazo que dicen dio la madre al gigante?

—¿Alguien ha oído el disparo? Buenos días.

Se alejó, cambiando impresiones con el otro hombre de paisano.

—Señoras, señores, esta historia toca a su fin. El misterio de la lluvia de estrellas se encierra en este tranquilo lago en el que no se podrán bañar de momento, por orden de la autoridad, hasta que se compruebe que los micrometeoritos no han dejado vestigios de radiactividad.

—Vamos —dijo Mark Lastman, poniéndose en pie.

—¿Adónde? —preguntó Jeff Pacheco.

—Al laboratorio Arquímedes.

—¿Qué mosca te ha picado?

—La de la curiosidad.

—Pues habrá sido en el trasero, a juzgar por el salto que has dado en la silla —rezongó Jeff.

Mark Lastman disponía ya de un vehículo y, montados en él, cruzaron la metrópoli por uno de los amplios viales donde los vehículos ATH, propulsados por pilas atómicas, se trasladaban a gran velocidad, sin contaminar ni emitir ruidos molestos.

—¿Crees que tiene algo que ver lo que ha sucedido en el lago con la sopa cósmica?

—No lo sé, pronto lo averiguaremos.

Llegaron al laboratorio Arquímedes.

Un hombre les condujo al departamento donde trabajaba la doctora Maira, rodeada de otros científicos y multitud de aparatos de gran, complicación.

—Hola, doctora Maira.

—Ahora que han terminado las presentaciones —casi cortó Mark— querría saber qué es lo que ha averiguado sobre las muestras de la nube cósmica.

Ella le miró con sus ojos azules cobalto cargados de intención.

—¿Lo sabe?

En vez de contestar Mark, lo hizo Jeff Pacheco.

—¿Qué es lo que tenemos que saber?

Mark no dejó responder a la doctora Maira e inquirió :

—¿Lo ocurrido en el lago Honey es cierto?

—Sabía que me lo preguntaría.

—Pero ¿es cierto o no? —insistió.

—-No lo sabemos. Puede tratarse de la ilusión de un niño y de la de una madre que ve en peligro a su cachorro.

—Luego había peligro.

—Be todo esto, guardarán secreto de estado. Como han formado parte de la investigación, ya que han sido ustedes quienes han tomado las muestras, les enseñaré algo.

Les condujo a otra mesa de laboratorio donde un científico de edad madura hacía un examen a través de un microscopio adaptado a una pantalla.

—Muéstralo.

Ante lo que apareció en la pantalla, Jeff Pacheco hizo un movimiento de repugnancia y casi de retroceso.

—¿Qué bicho es ése? —preguntó.

La doctora invitó al otro investigador para que diera una explicación.

—Es una ser que podría entrar en la especie de los artrópodos, pero no 1¿ es exactamente.

—No está calificado dentro de nuestro planeta —observó la doctora Maira—. Ningún tratado habla de él, nos es completamente extraño.

—Tiene particularidades de insecto —prosiguió el científico—. Sus patas actúan a la vez como antenas y en vez de tenerlas en una dirección, como para adaptarse a una superficie, las tiene alrededor. Recuerda a un animal marino primario, que se mueve dentro de una gravedad mínima. Parece que su medio habitual puede ser líquido o quizá no.

—Tiene aspecto de araña —estimó Jeff.

—No lo es, una araña tendría ocho patas —recordó el científico—. Este tiene catorce patas distribuidas sobre el cuerpo, que es muy básico, de un ser primario en la escala zoológica. Sin embargo, la doctora Maira opina que tiene algo que le hace distinto.

—¿Y qué es? —quiso saber Mark Lastman.

—No hagan caso, se trata de una opinión personal, sin fundamento científico.

—Pero ¿tiene que ver con ese bichejo? —preguntó Jeff Pacheco.

El científico sacó una cajita de cristal, que mostró a Mark y a su amigo.

—Apenas se ve —dijo Mark.

—Es más pequeño que una pulga —añadió Jeff.

—Sí, en la pantalla del microscopio se veía mucho más grande —aceptó la doctora Maira—. Ese ser venía encerrado dentro de uno de los micrometeoritos que trajeron.

—No me diga, si parecían piedras —exclamó Mark.

—Las envolturas son cristalinas, de un elemento que desconocemos, aunque podríamos llegar a componerlo artificialmente. Sin embargo, lo asombroso es que en el núcleo de esas piedras espaciales, muy pequeñas como usted bien sabe, comandante Lastman...

—Sí, del tamaño de guisantes —asintió.

—Exactamente, pues dentro de esas piedras hay seres vivos como el de la cajita.

—¿Cómo lo ha averiguado? ¿Abriendo una de un martillazo? —preguntó Jeff.

—Pues sí; la primera de las muestras fue rota después de pesada para llevar a cabo un análisis químico físico y descubrimos rápidamente este bioelemento que llevaba en su interior. Hemos estado haciendo pruebas y hemos observado que sumergiendo en agua uno de los micrometeoritos, previamente recalentado, la capa de cristal 'mineral se disuelve y este diminuto ser llegado del espacio queda flotando en el agua. En principio no se mueve, es como si llegara desecado, como una chinche que puede desecarse y mantenerse así durante años, hasta que reciben la humedad que les devuelve a la vida.

—¿Quiere decir que se hinchó con el agua y comenzó a vivir?

A la pregunta de Mark, la doctora Maira asintió con la cabeza.

—Es más, pusimos unos protozoos.

—¿Y se los comió?

—Sí, tenía hambre al despertar de su largo viaje por el espacio. Pero lo más curioso es que al cabo de una hora, dentro del tubo de ensayo en que lo teníamos encerrado, ya había dos seres iguales.

—¿Se multiplican por sí mismos? —preguntó Mark.

—Eso parece.

El científico añadió:

--No es nada anormal; en los seres primarios el hermafroditismo es bastante común. Un ser nace de otro sencillamente desgajándose una parte del que podemos llamar procreador y el descendiente no tarda en tomar la forma y dimensiones del primero, siempre que obtenga suficiente alimentación.

—¿Eso quiere decir que puede habernos caído del cielo una plaga de esa especie de seres diminutos, insectos, arácnidos o lo que sea?

—Sí, es muy posible; pero hay órdenes estrictas del Secretario de Sanidad y del Secretariado del Cosmos para que no se hable de este asunto y que no cunda el pánico entre la población. Quizá sólo se trate de un enjambre de estos diminutos seres, que ignoramos qué otras propiedades o problemas conllevan.

—Entonces, lo que dijo el niño del lago... —preguntó Jeff.

—Parece una alucinación. Habrá que interrogarle con más detenimiento; pero no ahora, que todos los ojos se hallan centrados en ellos. Es muy extraño lo que dicen, pero quién sabe. Por el momento tenemos una fotografía del lago cerca de la casa, tomada por un satélite artificial. Vengan.

La doctora les llevó junto a otra pantalla y allí apareció una fotografía a color. Se veía el lago y una zona de oscuridad, muy cerca de la casa, lo que obligó a Mark a preguntar;

—¿Qué significa? ¿Quiere decir que en el área donde ha caído la nube de micrometeoritos ha desaparecido la vida vegetal?

—Y la animal —puntualizó la doctora Maira—. No sabemos si las especies mayores, como los peces, han preferido escapar a otros puntos del lago ante la invasión de esos diminutos seres o que también han sido devorados.

—Entonces, cabe pensar que pueden haberse multiplicado —observó Mark Lastman.

—Así es. Pueden ser los dobles de los que llegaron del espacio; lo que ignoramos es hasta qué punto son peligrosos. Son demasiado grandes para pensar en ellos como bacterias o virus que puedan introducirse en nuestros cuerpos, aunque sí podrían ser portadores de enfermedades desconocidas. En realidad, todo son hipótesis. Lo único que sabemos es que han llegado del espacio unos seres, diminutos

con aspecto de arácnidos acuáticos y con sistema de reproducción hermafrodítico, que se desenvuelven en el medio acuático, pero también viven fuera del agua. Si se han fijado, en la caja de cristal no había agua.

—Pues estamos listos —gruñó Jeff Pacheco.

—Sí; parece que viven lo mismo en el agua que en e! aire, como nosotros, y la reproducción de estos pequeños alienígenas se realiza con una sorprendente rapidez.

—Se me ocurre hacer una pregunta —dijo Mark.

—Adelante —invitó la doctora—; este laboratorio tiene que investigar y hallar respuesta a las preguntas.

—¿Pueden volar?

—Lo ignoramos, pero puede comprobarse.

Fueron en busca de la cajita de cristal; la doctora la tomó entre sus manos finas y largas. Colocó una campana de cristal sobre una plataforma plana también da cristal y depositó la cajita dentro de ella.

Maira se enguantó la mano y maniobró con cuidado, abriendo la cajita. El ser salió, pegándose a la pared. Luego saltó sobre el guante y todos comprendieron que existía el riesgo de que escapase, pero la doctora maniobró con rapidez y logró retirar la mano y la caja, dejando al diminuto alienígena en el interior de la campana.

Los tres humanos observaron atentos las evoluciones del pequeño ser, que apenas era un punto, pero perfectamente visible. Al fin, se detuvo.

—Fíjense, ha escogido el centro justo de la circunferencia de la base de la campana. ¿Qué les parece? ¿Casualidad o bien ha sido capaz de calcularlo?

Jeff Pacheco, incrédulo, preguntó:

—¿Quiere decir que ese bichejo es capaz de calcular el centro de una circunferencia?

—Ignoramos todavía 1a capacidad de control del entorno que posee este ser.

—No sé si pensar que este suceso es anecdótico, propio de la investigación de la ciencia, o es un principio de invasión del planeta Tierra.

—¿La invasión del planeta Tierra por estas arañas pulga? —preguntó Jeff, asombrado.

—Pueden convertirse en una plaga. Supongo, doctora, que estarán estudiando ya la forma en que puedan ser exterminados.

—Sí, es uno de los puntos a investigar.

—Se aplasta con el dedo y se acabó —gruño Jeff Pacheco.

—Ya veremos si eres capaz de terminar con ellos con ese sistema, si se presentan en millones.

En el aire flotaba un buen número de enigmas. La población civil tenía que creer que lo que habían visto el niño Bob Bryan y su madre sólo era una alucinación; mas. ya un reducido grupo de personas sabía que podía ser verdad, una verdad quizá anecdótica, pero también posiblemente trágica.

CAPITULO III

—¿Por qué no bajas a la piscina? —preguntó una muchacha a la otra.

—No quiero.

—¿Es por lo de Peter?

—Es un imbécil.

—Bah —dijo la joven que intentaba que su amiga bajara a la piscina con los demás.

—No insistas, no pienso bañarme.

—No tiene nada de malo que no sepas nadar.

—¡ Sé nadar, sé nadar, sé nadar!

—Está bien, está bien, no te molestes conmigo. Mira, Gladys, mejor sería que fueras al psicólogo.

—¡ Yo no tengo miedo al agua; no lo tengo! ¡Déjame en paz!

La otra muchacha se encogió de hombros y abandonó el cuarto, vestida con el monobikini.

Gladys se quedó sola y gimoteó, furiosa contra sí misma, pues sabía que era ella la culpable de la situación y no sus amigos con los que estaba vacacionando en aquella finca grande y lujosa, propiedad de la familia de uno de los muchachos.

A través de las cortinas, los vio jugar, saltar a la piscina, chapotear, reír, todo lo que ella deseaba hacer.

Pasaron los minutos y su rabia se lúe raimando.

De pronto, el pánico se agolpó en SU pecho, impidiéndole casi respirar.

Un ser gigantesco, de unos cinco luciros de altura, acababa de aparecer procedente de! parque que poseía la finca. Era difícil de definir su color, resultaba parduzco.

Su aspecto general era humano, pero no tenía cabello, e iba sin

ropas. Apenas tenía cuello y la cabeza, muy redondeada, se mantenía erguida sobre el alto tronco. En el rostro, unos grandes ojos redondos, que se fijaron en les jóvenes que allí estaban y que se espantaron al descubrir la extraña presencia.

Todo comenzó con el chillido de una de las chicas, que se contagió a sus compañeras.

Uno de los muchachos echó a correr, y de los ojos de aquel ser de aspecto indefinible, aparte de su gigantismo. brotó un doble rayo convergente, que derribó a uno de los fugitivos.

Este, caído en el suelo, fue presa de unas convulsiones de apariencia epiléptica.

Los jóvenes intentaron correr, mas los rayos volvieron a brotar de los ojos del gigante y todos fueron cayendo, ni uno solo consiguió escapar.

Gladys, inmovilizada por el terror, lo contemplaba todo desde la ventana.

No había visto jamás nada semejante, incluso no sabía cómo explicarlo. Se mordía los dedos, temiendo gritar de un instante a otro. Y si gritaba, aquel ser la descubriría y le enviaría su terrible rayo que había provocado aquellas conmociones en sus amigos,

En medio de un gran espanto, aquel gigante surgido de no sabía dónde, se inclinó sobre -los cuerpos que se sacudían con violentos estremecimientos, como si les estuvieran pasando corriente eléctrica, y los arrojó al interior de la piscina.

Gladys vio cómo los cuerpos de sus amigos se hundían y volvían a aflorar sin poder nadar. Se estaban ahogando, se ahogarían todos...

Se apartó de la ventana y tropezando, temiendo ser descubierta, salió de la habitación. Avanzó por un pasillo y descendió al salón donde estaba el teléfono- Lo descolgó y llamó con insistencia, mas no tardó en comprobar que no había línea.

Gladys volvió a acercarse a una ventana y miró hacia el exterior, pero el gigante ya había desaparecido.

Buscó la salida posterior de la cocina y cuando la halló, echó a correr hacia el parque, temiendo & cada instante que el gigante que había atacado a sus amigos reapareciera a su espalda para atacarla a

ella también.

* * *

Cuando la doctora Maira mostró su identificación, la dejaron pasar. La policía tenía cercada la finca.

En el asiento posterior viajaban Jeff Pacheco *y* Lombardi, uno de los científicos del laboratorio Arquímedes, del cual la doctora Maira era doctora accidental. Mark Lastman era quien conducía el vehículo.

Avanzaron por el camino particular hasta situarse cerca de la piscina, rodeada por varios policías de uniforme y otros vestidos de paisano y provistos de cámaras fotográficas. No se había permitido el paso a los periodistas

También estaba allí el comisionado Holloway, cuyo rostro aparecía contraído.

Pese a que iban advertidos de que se encontrarían con algo muy desagradable, tuvieron que hacer frente a una realidad que escalofriaba.

En el fondo de la piscina había siete esqueletos humanos, perfectamente visibles.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Mark Lastman.

Los policías les miraron. El comisionado Holloway tendió su mano a la doctora, a la que debía conocer, y ésta presentó a Jeff Pacheco y a Mark Lastman.

—Son los cosmonautas que recogieron las muestras de la nube cósmica.

El comisionado les miró con atención y tras una larga pausa opinó:

—Me cuesta creer que hayan llegado seres extraterrestres. Hemos ido hasta los confines de nuestro sistema estelar y no hemos descubierto vida en otra parte.

—¿Qué hay entonces de estas muertes? —preguntó Mark Lastman.

—Son ciertamente extrañas. Da la impresión como si hubieran vertido en la piscina algún producto químico, que hubiese corroído los cuerpos humanos hasta dejar sólo los esqueletos. Eso se puede hacer con ácido, ¿no es cierto, doctora?

—Sí; es posible corroer un cuerpo humano con ácido, pero el agua estaría turbia por la cantidad de compuestos que se habrían formado por la reacción. El doctor Lombardi sacará una muestra del agua, que analizaremos inmediatamente.

—¿Lleva suficiente equipo consigo?

—Para los primeros análisis, sí. Determinaremos la composición del agua y también tendremos que analizar los residuos que hayan quedado en los filtros depuradores.

—Pues adelante; hay que hallar explicación a estas horribles muertes.

Lombardi abrió un maletín que llevaba consigo y de él extrajo unas largas pipetas de cristal con las que succionó unos centímetros de agua de la piscina, mientras los demás seguían hablando.

—¿No se sabe lo que ha ocurrido? —.preguntó Mark.

—Una muchacha ha denunciado el hecho, pero, por su estado de histerismo, ha tenido que ser ingresada en una clínica psiquiátrica. No creo que tarde mucho en salir —explicó el comisionado Holloway.

—Ella insiste en decir que ha visto a un gigante, lo mismo que los Bryan en el lago Honey —observó la doctora Maira.

—Sí, pero puede estar influenciada por las noticias que se divulgan a través de la televisión. Además, si han sido atacados y devorados por una especie de gigante extraterrestre, convendrán conmigo que los huesos habrían quedado desperdigados. Cualquier animal carnicero, aun siendo pequeño, separa los huesos de sus víctimas.

—Pero habrían quedado así, tal como están, si hubieran sido devorados por diminutos seres, hormigas, por ejemplo —dijo Mark.

El comisionado Holloway sonrió.

—Alude usted a pequeños insectos y la chica que salió de aquí hablaba de un gigante.

Mark miró significativamente a la doctora Maira. Esta se vio obligada a decir:

—De momento, sólo tenemos hipótesis; pero deberíamos alertar al condado por si reaparece ese ser.

—No hay elementos extraños. Es agua pura, sin microorganismos vivos —manifestó el científico doctor Lombardi.

—Entonces, no ha sido ácido —dijo la doctora al comisionado Holloway.

—Bien, no ha sido ácido; pero buscamos a un gigante y ésta no es la forma lógica de devorar a sus víctimas.

—Comisionado, por lo que sé hasta ahora, creo que nos hallarnos ante la primera invasión seria de desconocidos extraterrestres.

B1 comisionado Holloway, que se mostraba muy escéptico, replicó:

—-Aun suponiendo que haya llegado un ser de doble o triple tamaño que el nuestro, siempre hablando en hipótesis, ¿qué puede hacer contra nuestras armas? Yo se lo diré, no puede hacer nada. En cuanto se le descubra, se le exterminará o se le enjaulará, según convenga.

Mark Lastman no dio por terminada la polémica.

—Por lo que sé, y si no que la doctora Maira me desmienta ya no hay un alienígena gigante si no dos o tres.

—¿Trata de decir que se ha reproducido? —preguntó Holloway, irónico.

—Doctora Maira, si se deja a uno de esos pequeños seres que ha descubierto en una piscina donde encuentra alimento biológico, ¿qué es lo que ocurre?

—Que se alimenta y se reproduce.

—Me parece que no nos referimos al mismo ser —insistió Holloway —. Ustedes hablan de seres pequeños y aquí, según la testigo, ha estado un gigante.

—Un gigante que, al parecer, se descompone en millones de pequeños seres que hasta pueden alimentarse con la sangre de sus víctimas,

—¿Quiere decir que podría ser tres veces más grande que nosotros, pero que cuando le interesa se descompone en millones de pequeños insectos, como si nosotros nos descompusiéramos en células?

—.Más o menos. Todavía no tenemos una completa seguridad, pero

es lo que se deduce por lo que ya hemos descubierto.

—Me niego a creer que un ser grande de tamaño, casi un elefante aunque no pese tanto, se pueda descomponer en diminutas porciones para volver a unirse cuando lo desee. ¿Y sus órganos?

—¿No ha visto cómo actúa un enjambre de abejas? —le preguntó la doctora Maira.

—Sí, claro; actúan como enjambre, pero no componen ninguna forma concreta.

—Actúan en grupo, como si fueran un solo ser, cuando están juntas. Imagínese que ha llegado este ser del cosmos y es capaz de encontrar una forma para agruparse o quizá podría llegar a componer distintas formas que le servirían para camuflarse.

—Es muy complicado todo lo que me está diciendo, demasiado difícil de creer.

—Sí, pero también le será muy difícil encontrar una explicación para la muerte de esos siete jóvenes. Sólo han quedado los esqueletos, ni siquiera hay vestigios de sangre en el agua.

—No vacaremos la piscina para investigar más a fondo y hallaremos una explicación. Tiene que haberla.

—Sí, tiene que haberla; pero no será fácil que la encuentre si piensa en una explicación racional.

—Doctora, parece usted convencida de que se trata de una extraterrestre.

—Así es, comisionado, así es. Lo que no sé decirle es si se trata de un solo alienígena o de una colonia que se nos aparece como un único ser,

Mark Lastman dijo entonces:

—Yo diría que ahora existe la posibilidad de que sean el doble, es decir, dos gigantes o uno de tamaño doble. ¿No es así, doctora Maira?

—Sí, es muy posible que haya comenzado su reproducción, lo que significaría el avance de su invasión.

—Lo pone muy grave, doctora Maira. ¿Con las pruebas que posee, se atrevería a denunciarlo al secretario del gobierno federal?

La doctora vaciló, luego dijo:

—Harían falta algunas pruebas más para convencerlos.

—¿Sabe que se juega su puesto en el laboratorio Arquímedes?

Mark intervino de nuevo.

—Es difícil dar pruebas contundentes. En el laboratorio tienen aislados diminutos seres, que en número de millones se agrupan para formar un gigante. Ya se lo

hemos dicho.

—Y luego, tras aparecer, se vuelven a convertir en millones de diminutos bichitos, que se largan a otra parte como si fueran hormiguitas laboriosas.

—Es usted demasiado incrédulo, comisionado Holloway —le reprochó la doctora Maira—, pero por desgracia' ya tenemos los primeros muertos y lo grave no es sólo que haya causado víctimas, sino que le han servido para alimentarse y, como ha sugerido el comandante Lastman, para multiplicarse.

El comisionado se volvió hacia el alto jefe de la policía y dijo:

—Coronel, hemos de darles un margen de crédito. Después de todo, hay siete muertos y una muchacha en la clínica psiquiátrica. Que sus hombres den una batida por los alrededores, que busquen huellas, y, si encuentran bichitos raros, que los capturen; no hace falta que les disparen con sus armas. Doctora Maira, ¿de qué tamaño son esos bichitos de los que ha estado hablando?

—Gomo una pulga, quizá menos.

—Ya lo ha oído, coronel.

El jefe de policía que iba de uniforme, mostrando sus soles que indicaban su graduación, se rascó el cogote, preocupado.

—¿Del tamaño de una pulga? ¿Y no sería mejor buscar el gigante de cinco metros que la muchacha dice haber visto?

—Doctora Maira, ¿cómo cree usted que estará en este momento, en forma de pulga o de gigante?

—Es usted muy irónico, comisionado.

—No puedo remediarlo.

—Mejor habría sido que la invasión llegara en naves espaciales.

—Tiene razón —apoyó Mark Lastman—; por lo menos sabríamos hacia dónde dirigir nuestros cañones láser.

—Bien, den una batida —dijo el comisionado.

—¿En qué radio de alcance?

—Doscientos metros está bien —opinó el comisionado Holloway.

Mark objetó:

—Yo lo haría en doscientos kilómetros.

—Eso es mucho —se quejó el coronel de la policía.

—Los siete muertos sólo son el principio.

—Estamos advertidos. El coronel, con sus hombres, rastreará una gran zona. Luego no diga que no hemos tenido en cuenta sus observaciones.

—Está bien, haré un despliegue.

Volvieron a mirar hacia los esqueletos en los que no quedaba un resto de carne. Habían sido limpiados en pocas horas, Io que parecía tan atroz como espeluznante.

Si las suposiciones de la doctora Maira y las del comandante Lastman eran ciertas, el alienígena o los alienígenas ya habían probado el sabor de la sangre terrícola.

CAPITULO IV

—Eh, Mark, ¿te gusta?

Mark Lastman, sentado al borde de la piscina, observó lo que le mostraba Jeff Pacheco, su amigo y compañero de viajes espaciales.

La mujer tenía un cuerpo pletórico de redondeces, de turgencias. Muslos, caderas, pechos fuertes y grandes como le gustaban a Jeff, aunque hubiera muchos hombres que dijeran que eran más bonitos los pequeños.

La mujer era morena, de cabellos largos, que caían sobre sus hombros y la única prenda que ocultaba parte de su cuerpo era el monotanga, de tal modo que se podía admirar plenamente su belleza y no cabía pensar que sus pechos fueran altos y firmes gracias al sujetador. La chica tenía senos grandes, altos y agresivos y había tenido el detalle de maquillarse los pezones.

—Es para evitar las quemaduras del sol —explicó ella misma, sonriente, haciendo un movimiento de caderas mitad simpático mitad sensual al ver que Mark tenía los ojos fijos en las cúspides de su atrayente tetamen.

—Pues es una crema muy atractiva.

—Las hay en varios colores, a mí me gusta el morado fuerte —dijo ella.

Cada vez que hablaba, hacía unos movimientos de cadera que eran una auténtica provocación; y no daba la impresión de hacerlos adrede, sino instintivamente. La muchacha era sensual toda ella, desde los pies a los cabellos.

—¿De dónde has sacado este magnífico ejemplar de hembra siglo XXI?

—Del laboratorio Arquímedes —respondió Jeff Pacheco.

—Me llamo Silvy. Jeff me ha invitado' a venir a la piscina y como se ha puesto muy pesado...

—Me he puesto pesado también en otras cosas, pero ella sólo parece enterarse de lo que le conviene —refunfuñó Jeff.

—¿Acaso querías saber qué sabor tenía la crema para pezones que usa tu amiguita?

—lis una de mis peticiones.

—Por ahora mantendremos la incógnita —contestó ella, riéndose.

—Silvy es la secretaria de dirección del laboratorio Arquímedes. Si vieras cómo maneja la computadora bioelectrónica...

—¿Cómo está la doctora Maira?

—La he- visto y creo que vendrá a tomarse un baño también.

—Dos parejas, ¿eh, Mark? ¿No piensas en alquilar un *bungalow* en algún lugar maravilloso donde las boquitas preciosas no sepan decir que no?

—Oye, Jeff, ¿no me dijiste que querías irte a las islas Fiji?

—Sí, pero han surgido problemas y prefiero estar al corriente. Ya sabes, no podemos hablar más, secreto de estado.

—Bueno, vamos a zambullirnos del todo.

Mark saltó desde el borde de la piscina. Silvy dio un gracioso saltito y se lanzó al agua como si pretendiera perseguir a Mark Lastman, que braceaba bajo la superficie.

Jeff se dio cuenta de que se quedaba solo y rápidamente se lanzó en pos de la chica, que a su vez braceaba tras Mark Lastman.

Estuvieron jugando en el agua y cuando salieron, descubrieron a la rubia doctora Maira sentada junto a 1a mesa que habían ocupado ellos antes de arrojarse a la piscina,

—¡Doctora Maira!

—Hola, Silvy.

Mark Lastman nadó hacia la orilla. Silvy quiso hacer lo mismo, pero Jeff Pacheco la cogió por un tobillo, impidiéndole avanzar,

—Esta vez no te me escapas.

Silvy se zambulló, chapoteando, pero Jeff no quería soltarla. Silvy se sumergió y Jeff fue tras ella. La muchacha aguantó bajo el agua,

mientras sus largos cabellos azabaches se esparcían en torno a su cabeza.

Jeff tuvo que soltarla, pues la joven demostró aguantar más que él.

Cuando Jeff salió a flor de agua, resoplando, Silvy lo hizo a su espalda, juguetona. Esta, al ver a Mark y a la doctora Maira que iniciaban una conversación a solas, optó por quedarse junto a Jeff.

—¿Ha dicho algo más el comisionado Holloway? —preguntó Mark.

—No, no ha dicho nada más. Hay orden rigurosa de no hablar sobre el tema para no causar pánico entre la población de este condado.

—Esperemos que la policía descubra alguna pista.

—No sé, hay momentos en que vacilo —confesó Maira.

—¿Por qué?

—Somos una civilización tecnológicamente muy avanzada.

—Eso es lo que nosotros creemos —le objetó Mark.

—Comparados con un hombre primitivo del propio planeta, nuestro adelanto es grandioso y, por lo visto, ese ser, o lo que sea que creemos ha llegado a la Tierra, no posee ninguna tecnología.

—¿Te parece poco haber conseguido encapsularse en esos pequeños meteoritos que han venido directos a nuestro planeta, con precisión matemática?

—Sí, eso es cierto.

—Las cápsulas silíceas han sido capaces de resistir el rozamiento con la atmósfera.

—No sé cómo explicarlo.

—Yo te lo diré —dijo Mark—, Siempre hemos temido la llegada de alienígenas dentro de poderosas naves y ahora descubrimos que han llegado unos seres diminutos que casi tienen la forma de neuronas gigantes.

—Eso es, son como neuronas vistas al microscopio —admitió la doctora—. Pero ¿no habremos fantaseado en exceso?

—Ha habido siete muertos, ¿no?

—Sí, pero la explicación de su muerte no ha sido encontrada. Estoy esperando que llegue el director del laboratorio Arquímedes.

—¿Tardará mucho en regresar?

—Se halla en la Luna haciendo unas investigaciones, no me atrevo a pedirle que regrese urgentemente.

—¿No te sientes segura aún con lo que has descubierto?

—Lo cierto es que no. Tenemos el testimonio de un niño y de su madre; es poco, demasiado poco.

—¿Y la muchacha estudiante?

—Se la ha catalogado como a una histérica con propensión a las exageraciones, ya tenía conductas un poco extrañas.

—¿Y el bichito que tienes aislado en el laboratorio?

—Tengo trece.

—Dicen que es un número de mala suerte.

—No creo en esas supersticiones. Poseo aún meteoritos sin extraer su contenido biológico, pero trece ya están aislados.

—¿Ha muerto alguno?

—Ninguno, todos han sobrevivido.

—Estaréis buscando productos para matarlos, ¿no?

—Sí, pero no podemos probarlos por el momento. No me arriesgo a exterminar a ninguno hasta que llegue el director del laboratorio; no obstante, tendremos los productos listos para cuando él llegue y el que mejor actúe se podrá emplear para atacarles.

—¿Y si descubren al gigante en alguna parte?

—En ese caso, habrá que tomar una decisión rápida;

no obstante, yo no soy la persona que debe tomar la decisión de destruir a ese extraño ser que es capaz de descomponerse en diminutos seres, cada uno de ellos con vida propia e independiente de

los demás. Tiene una ventaja sobre nosotros, que necesitamos los órganos para vivir; me refiero a pulmones, hígado, corazón, intestinos, especialmente el cerebro. En cambio, ese ser que actúa en conjunto no posee órganos, cada célula o neurona vive por sí misma, lo que quiere decir que disparándole con un fusil láser despedazaríamos parte de ese ser, pero el resto continuaría viviendo.

—Eso es lo que parece y es muy preocupante. ¿Y el comisionado Holloway espera a que se produzca otro hecho trágico?

—Sí, pero está advertido.

—¿Será suficiente?

—Es posible. La policía dio una amplísima batida y se han utilizado hasta cinco satélites artificiales para fotografiar la zona, sin que se haya descubierto nada.

—Pero ¿la vigilancia se mantiene?

—Sí, especialmente en las piscinas, embalses y lagos, lugares donde ese ser compuesto por millones de pequeños organismos puede ir a alimentarse.

—Se me ocurre una idea.

—¿Interesante?

—Creo que sí.

—¿Cuál es?

—Vamos, te lo contaré por el camino. Bueno, antes puedes darte un chapuzón; desde que has llegado sólo has estado hablando conmigo y no te has bañado.

Maira se puso en pie y su hermosa anatomía quedó bien erguida. No era preciso tocar su piel para darse cuenta de que tenía la suavidad del terciopelo. Toda ella respiraba vitalidad.

Sus pechos eran altos y hermosos; menos grandes que los de Silvy, pero igualmente atractivos. Los pezones, sin maquillar, tenían el mismo color fuerte de sus labios, unos labios que Mark ansiaba besar; mas no se le había presentado la ocasión adecuada para satisfacer su deseó.

Ignoraba si la inteligente doctora aceptaría el beso también con

pasión.

Maira tuvo la visión repentina de los siete esqueletos dentro de la piscina; había dejado de ver lo que tenía ante sus ojos para ver la imagen trágica que se había grabado en su cerebro.

—No, no me apetece bañarme ahora —dijo, estremeciéndose.

—¿Has pensado en los muchachos?

Maira suspiró.

—¿Adivinas el pensamiento?

—No; pero tu cara, al mirar el agua, ha sido muy expresiva.

—Vamos, ya me irás contando cuál es tu idea.

Mark alargó su mano y cogió la femenina. Maira no la retiró y así, unidos, abandonaron aquel lugar, sin avisar a Jeff ni a Silvy, que no se veían por parte alguna.

El amplísimo parque que rodeaba las instalaciones deportivas y de ocio poseía lugares maravillosos donde poder ocuparse y sentirse en una paz que beneficiaba a las parejas que preferían el aire libre a las cuatro paredes de una habitación.

CAPITULO V

La sala de juntas del laboratorio Arquímedes fue habilitada para colocar el gran terrario totalmente encristalado.

Mark Lastman se preocupó de instalar una lámpara con emisión de rayos ultravioleta en infrarrojos, que debía hacer los efectos del Sol. También había puesto una pequeña charca con algas, había distribuido plantas e incluso varios árboles enanos, unos bonsái, que la doctora Maira se había encargado de buscar.

Añadieron una maqueta de casa terrestre y, todo en miniatura, daba la impresión de ser un pedazo del planeta Tierra.

—¿Qué esperas que consigamos? —preguntó Maira, que llevaba los frascos en que permanecían encerrados los diminutos seres.

—No lo sé, hemos de esperar a ver qué hacen por sí mismos. Los observaremos a través de una telecámara de infrarrojos para que ellos no nos descubran.

—Sólo son trece, y operan en millones de ejemplares.

—Sí, ya lo sé; pero no perdemos nada con probar.

La doctora Maira fue introduciendo con gran cuidado los diminutos seres dentro del terrario, dejándolos caer por un pequeño agujero. Luego cerró y también cerraron con llave la puerta de la sala de juntas.

La doctora Maira tenía la pantalla de TTV infrarrojos en su propio despacho. La conectó y, de inmediato, pudieron ver el terrario.

- —Mira, ahí están nuestros amigos a los que aún no hemos bautizado.

—Podría ser éste un buen momento para hacerlo —opinó la doctora.

—¿Se te ocurre algún nombre?

—No. ¿De dónde crees que pueden proceder?

—Lo ignoro.

—Como no sabemos de dónde vienen, podríamos bautizarlos como los biocosmos. ¿Qué te parece, Mark?

—Está bien. Veamos entonces qué hacen nuestros trece biocosmos.

—Están quietos, no hacen nada —observó Maira.

—La lámpara, que es su sol artificial, se apagará dentro de unos minutos y1 les sumergirá en la noche.

—Esperemos que llegue la noche, puesto que no se mueven.

—Mientras esperamos, podemos entretenernos —sugirió Mark con picardía.

Ella le miró, parpadeando ostensiblemente con sus ojos de bella tonalidad azul.

—¿Cómo?

Mark se inclinó sobre el rostro femenino y la besó suavemente en los labios. Ella no se apartó:

—Será mejor que no continúes, podemos perdernos el experimento.

—No perderemos nada, porque el magnetoscopio lo está grabando todo.

—Tienes respuesta para todo, ¿eh?

Mark volvió a inclinarse sobre ella y la besó de nuevo, ahora más largamente, notando cómo los labios de la mujer vibraban, se entregaban a la caricia y participaban en ella.

. Maira demostró tener condiciones naturales para el beso y la caricia labial se prolongó más y más.

La mujer notó que las manos de Mark la acariciaban per todo el cuerpo, se detenían en sus senos y descendían hacia las caderas. Empezó a notar calor en las mejillas y en sus muslos y le parecía que le faltaba aire.

Al ladear la cabeza, mientras se veía obligada a abrir la boca para llenar sus pulmones de aire, vio la pantalla.

—¡ Mark, Mark!

—Silencio, nuestra temperatura ya está subiendo, estamos llegando al Sol, pronto arderemos y nos fundiremos...

—Mark, los biocosmos, los biocosmos...

Maira se soltó de las manos del hombre, acercándose a la pantalla.

El ser artificial se había apagado; sin embargo, podían continuar viendo en la aparente oscuridad, gracias a la visión de infrarrojos que poseía la telecámara.

Mark, que en principio creyó que se trataba de una argucia de la mujer para que él no siguiera adelante con sus deseos de goce amoroso, clavó también sus ojos en la pantalla de cristal.

—¿Qué hacen?

—Los biocosmos se han acercado todos a la charca; fíjate, están los trece, puedes contarlos.

—Van a buscar alimento,

—Van por separado, cada cual busca su propio alimento cuando deberían formar un grupo unido.

—Sí; ésta es su gran defensa, que cada cual se alimenta por sí mismo. Eso da una gran ventaja de supervivencia.

Los trece puntos, perfectamente visibles gracias a que la cámara de infrarrojos poseía una lente de aumento, se sumergieron en la charca; aun dentro de ella, seguían visibles.

—Parece que les gusta el medio húmedo —observó la doctora Maira.

—¿Crees que pueden tener inteligencia?

—Aisladamente, no creo que cada uno- de esos diminutos seres tenga inteligencia; pero en conjunto, sí es posible que la posean. Unidos forman como un ejército compuesto por muchos hombres que luego se convierten en una gigantesca máquina de guerrear y cada hombre no actúa por sí mismo, sino en razón de conjunto.

—Sí, pero ¿qué pueden hacer sólo trece?

—No lo sé. La idea de meterlos en el terrario ha sido tuya.

—Esperemos a que se alimenten de los microorganismos que hemos puesto en la charquita artificial. De momento, metidos en el terrario, están bien encerrados.

—Mientras ellos se bañan y comen, ¿qué te parece si continuamos...?

—¿Continuar con qué?

—Con lo que estábamos haciendo antes.

—Mark, por favor.

—Este sofá que tienes aquí parece transformable.

—Lo es.

—Magnífico.

—Me temo que he hablado demasiado —confesó Maira, mientras ya el hombre la tomaba por la cintura y la arrastraba hacia el sofá.

Estaba seguro de que tenían mucho, mucho tiempo para ellos y de que nadie iba a molestarles.

* * *

Cuando el comisionado Holloway llegó en su vehículo al embalse Coid White, ya le esperaban allí el coronel de la policía y un nutrido' grupo de hombres uniformados, que custodiaban la zona.

Ascendió hacia el paseo que se hallaba sobre el embalse, encima de la llamada «cáscara de huevo», que tenía doscientos metros de altura.

A un lado, el abismo de cemento liso. Abajo, muy abajo, el agua iba saliendo después de pasar por las turbinas hidráulicas. Al otro lado, un lago artificial, un embalse con millones y millones de toneladas de agua controlada por el hombre, obligada a pasar por tuberías y aprovechada con avaricia para el riego de plantaciones.

Se detuvo frente a la edificación desde la cual se descendía por el interior de la presa a la sala de dinamos.

—Buenos días, comisionado Holloway.

—Coronel, ¿es grave?

—No lo sé, parece que sí.

—¿Qué han descubierto?

—Desde el centro de coordinación de la compañía eléctrica comprobaron que aquí no se respondía a ninguna llamada y enviaron un vehículo para ver qué ocurría.

—¿Y…?

—Llegaron y no encontraron a nadie.

—¿Signos de violencia?

—Ninguno.

—¿Hay testigos?

—Nadie.

—¿No se marcharían a otra parte?

—Sus vehículos siguen aquí y hay demasiada distancia hasta la villa más próxima para ir caminando.

—Bien, se trata de una desaparición. ¿Cuántos hombres había?

—Tres.

—¿Sólo tres para controlar esta macro central hidroeléctrica?

—Son suficientes con los ordenadores de que disponen, Como es lógico, hay una brigada de mantenimiento, que va y viene y si surge una avería se presenta de inmediato. En este caso no había avería, sino la desaparición de tres hombres.

—¿Y usted ha pensado en los siete muchachos de la piscina?

—Es una posibilidad; claro que si hay tres esqueletos ahí dentro, se hallarán a una gran profundidad. Puede ser muy difícil encontrarlos.

—O quizá no existan.

—Sí, es una posibilidad —admitió el coronel de policía, mirando hacia las aguas, que eran observadas por algunos de sus hombres uniformados.

Otros escrutaban los bosques de los alrededores, como temiendo que pudiera aparecer algo de ellos.

—Corone;!, coronel, le llaman por el videófono —le indicó uno de sus hombres.

—Venga conmigo, comisionado. He llamado al centro de observación por satélite artificial.

Llegaron al vehículo del coronel en cuyo salpicadero poseía una pantalla de TTV, que le servía como telecomunicador por televisión.

El coronel se identificó colocando su tarjeta acreditativa ante él ojo de la telecámara. Pasaron unos segundos mientras un ordenador comprobaba que los datos eran exactos. Luego una hermosa joven le comunicó:

—Coronel, le vamos a pasar la fotografía que ha pedido.

—Bien, manténgala fija hasta que les avise. —Se volvió hacia el comisionado Holloway y explicó—: He pedido una fotografía biológica del embalse.

—Sí, ya veo.

—Fíjese, comisionado; gran parte del embalse está sin vida biológica como habían supuesto.

—Tiene un aspecto parecido al lago donde cayeron los meteoritos.

—Exactamente. Las algas, los peces y los microorganismos acuáticos han desaparecido.

—¿Quiere decir que, lo que sea, se ha metido en el embalse?

—Es muy posible.

—Me cuesta creerlo. Estamos a trescientos kilómetros de la piscina donde fueron atacados los muchachos.

—Lo que sea se desplaza sin problemas.

—Si es un gigante, tenía que haber sido visto.

—¿Y si efectivamente se desplaza en forma de enjambre, como de pulgas o mosquitos, como decían la doctora y el cosmonauta?

—Todo es tan extraño. Si admitimos tal hecho, cundirá el pánico entre la población civil.

—Entonces, ¿qué explicación vamos a dar?

—Por ahora, ninguna. Han desaparecido tres hombres, es cierto, pero ¿sabemos cómo?

—No.

—¿Han hallado sus restos?

—Aún no.

—Entonces, coronel, lo mejor será que haga traer aquí un vehículo de rastreo subacuático con buenos focos. Que cierren la presa y exploren el fondo ; así sabremos lo ocurrido o, por lo menos, sabremos con más exactitud si ha ocurrido lo mismo que en la piscina.

—Entiendo, buscaremos los esqueletos.

—Sí. De encontrarlos, fotografíenlos bien, no los dispersen. Si han sido atacados, sabremos cómo ha sido. En este pantano tiene que haber peces gato' de gran tamaño y esa clase de peces comen de todo, incluso alienígenas.

—De acuerdo, comisionado; haremos una investigación en profundidad.

El comisionado Holloway abandonó el vehículo del coronel y, muy preocupado, se dirigió al suyo propio. No estaba decidido a pasar un informe de alarma al secretariado del gobierno confederal. Un hecho local no podía obligarle a precipitar los acontecimientos. De corroborarse la invasión de alienígenas, causaría pánico en todo el planeta y las circunstancias no eran para tanto.

CAPITULO VI

El reloj de pulsera, que a la vez era policomputadora y transmisor de bajo alcance, pues sólo llegaba a un millar de kilómetros dentro de la atmósfera terrestre, disparó su minisirena para despertarle; pero Mark Lastman no estaba dormido.

Se levantó del sofá. A su lado, Maira dormía apaciblemente; apenas se notaba su respiración.

Mark se puso sus ropas y acercándose a la mesa, se colocó frente a la pantalla.

Encendió la pantalla y observó con atención. _ Quedó sorprendido al descubrir que parte de la vegetación del terrario había desaparecido, especialmente la vegetación más próxima a la charca.

—Increíble.

—¿Qué es increíble? —preguntó Maira, que seguía con los ojos cerrados.

—Aparte de que tu amor es increíblemente maravilloso, me estoy refiriendo a los biocosmos.

Maira se incorporó en el sofá. Percatándose de la plena desnudez de su cuerpo, tomó la casaca y se cubrió con ella. Sin preocuparse de más, se acercó a la mesa para mirar la pantalla.

—¿Qué ha ocurrido?

—¿Ves eso que parece un escarabajo gigante?

—Sí. No lo pusimos nosotros, ¿cómo ha entrado ahí?

—Me temo que no es un escarabajo.

—Pues lo parece.

—¿Qué dirías si esa cosa fuera un cúmulo de biocosmos actuando en grupo?

—¿Quieres decir que, unidos unos a oíros, han tomado la forma de escarabajo?

—Sí, es precisamente lo que digo.

-—Parece increíble...

--Es lo que decía yo antes.

—Pensábamos que eran capaces de convertirse en un ser similar a nosotros, pero en gigante y ahora, todos apelotonados, tienen aspecto de escarabajo.

-Me temo que toman la forma que más les conviene según la situación ; lo que les hace altamente peligrosos, pues así pueden camuflarse en cualquier parte.

—Es cierto. El caso es que sólo pusimos trece y juntos no habrían de abultar más que un grano de arroz grande y este escarabajo tiene unos tres centímetros de largo.

—Se han multiplicado y parecen empeñados en seguir multiplicándose,

—Hemos de impedirlo.

—Aquí podemos impedirlo retirándoles todo lo que sea susceptible de convertirse en alimento. Al parecer, cualquier elemento del reino animal o vegetal que sea sumergido en un medio acuoso- les sirve de alimento, lo que hemos de impedir es que se multipliquen los grandes.

—Debemos comunicar este descubrimiento al comisionado y si no nos hace caso, llamaremos directamente al gobierno confedera!.

—Sí, opino que hemos de tomar medidas importantes; sin embargo, me gustaría hacer otra prueba.

—¿Cuál?

—¿Qué te parece si introducimos un escarabajo goliat ahí dentro?

—Un escarabajo goliat es más grande que ése.

—Sí, lo es; siempre podemos quitarlo, pero hay que ver cómo reacciona.

—Pero ¿de dónde sacamos un escarabajo goliat ahora?

—Yo tengo un amigo que es entomólogo.

—Si lo tiene disecado, no servirá para la prueba.

—El me dirá cómo conseguirlo. ¿Desde dónde puedo llamarle?

—Ese televideófono te servirá. —Le señaló una pequeña pantalla con un teclado delante para marcar la llamada.

Mark Lastman consiguió la telecomunicación. Cuando hubo terminado, le dijo a Maira:

—En pocos minutos estará aquí.

—¿Tiene escarabajos goliat?

—No, pero dice que lo conseguirá en el zoo; allí tienen criaderos de toda clase de criaturas. El, como es un profesional especialista, tiene las puertas abiertas; verás cómo lo trae.

—¿Qué esperas conseguir, Mark?

—No lo sé, quiero ver cómo se defienden ante un supuesto enemigo. Si conocemos su comportamiento, sabremos qué es lo que se puede esperar de los millones de biocosmos que andan sueltos por el planeta.

—¿Sigues pensado que la invasión puede ser altamente peligrosa?

—Tan peligrosa como que puede acabar con la vida en este planeta.

—Si acaba con la vida, morirán ellos también, ¿no?

—Lo ignoro, pero pudiera ser que cuando se agotase la vida y el planeta quedara tan muerto como Venus o Marte, ellos se encapsularan otra vez en micrometeoritos y volvieran a saltar al espacio, a la búsqueda de otro planeta con vida como el nuestro.

—Entonces, serían como una plaga destructora de planetas.

—Algo así. Esperemos que me equivoque, pero es posible que nos hallemos frente al peligro más grave que nuestra especie ha corrido a lo largo de sus generaciones. Toda la biosfera puede desaparecer. Son diminutos, pero agrupados resultan gigantescos y su capacidad de reproducción es lo que más me preocupa. Son como la marabunta de la Amazonia, millones y millones de hormigas devorándolo todo, arrasando todo lo que encuentran ; pero los biocosmos son peores, mucho peores, pues tienen la capacidad de saltar de un planeta a otro de un sistema solar a otro y quizá de una galaxia a otra. No sabemos

si han estado viajando años o millones de años luz por el espacio sideral. Disecados como estaban, quién sabe la edad que tienen,

—Es cierto —admitió Maira con desaliento—. Y, por lo visto, no buscan la comunicación.

—¿Crees que son capaces de comunicarse?

—Quizá sí, quizá no. No lo sé, estoy completamente confundida.

Mark la cogió por la cintura. La acercó hacia sí, la estrechó y la besó en los labios con suavidad al tiempo que musitaba:

—Nosotros también tenemos capacidad de reproducción :

Ella, echándose un poco hacia atrás, objetó:

—La que se reproduce soy yo y no tú.

—Bueno, yo he aportado mis biojuguetones.

—Muy gracioso, pero yo tengo que engordar lo que rompan tus biojuguetones.

Continuaron haciendo cábalas sobre los biocosmos y sus posibles consecuencias si proseguían en su acción de reproducción e invasión, cuando llegó el científico entomólogo al laboratorio Arquímedes, llevando una cajita entre las manos.

Desde recepción advirtieron de su llegada a la doctora Maira, que ordenó le dejaran pasar, mientras tomaba todas sus ropas y se encerraba en el cuarto de aseo que tenía en el despacho para su uso personal.

—Hola, ¿lo has traído?

—Sí. ¿Tan urgente es?

—Un poco.

—¿De qué se trata?

—Ya te lo contaré, no podía decírtelo por el televideófono.

—¿Es secreto?

—Por ahora, sí.

—Está bien, esperaré a que me lo cuentes. Supongo que se tratará de un asunto espacial.

—Sí, es un asunto espacial.

El entomólogo le mostró la cajita de tapa transparente.

—¿Es esto lo que querías?

Mark vio el escarabajo tipo goliat y opinó:

—Es muy grande, ¿no?

—Sí, es grande. Tú has pedido un escarabajo goliat y éste es un adulto macho, con buenas pinzas. ¿Para qué lo quieres?

—Antes de responderte, te voy a hacer una pregunta. —Adelante.

—Si muere, ¿te verás en un compromiso?

—No, había sobrante de estos escarabajos. Su reproducción no es precisamente difícil.

—Hola —saludó Maira, saliendo del aseo.

—Te presento a la doctora Maira, directora del centro. —Accidental —puntualizó la joven Se saludaron y Mark señaló la caja con el gran insecto dentro.

—¿Qué te parece?

—Hum, es muy grande.

—Veremos qué ocurre en el enfrentamiento.

—¿Se trata de una lucha? —preguntó el científico, interesado.

—Hay una prueba que hacer, se enfrentará a otro ser. Emocionado, el científico preguntó:

—¿Es un insecto cogido en otro planeta? .

—Puede ser. Quédate con nosotros, con la condición de que lo que veas no puedes divulgarlo por ahora.

—¿Top secret?

—Ajá —asintió la doctora.

—Está bien, guardaré silencio.

—Vosotros, vigilad la pantalla —dijo Mark—. Yo iré al terrario e introduciré el escarabajo, esperaré a ver qué ocurre. Nos mantendremos comunicados por el telecomunicador portátil. —Señaló su reloj.

Maira aceptó, quedándose con el entomólogo en el despacho. A través de la pantalla, podrían seguir los acontecimientos.

Mark tomó la llave de la sala de juntas y abandonó el despacho.

No encendió ninguna luz. El sol artificial colocado en un sostenedor móvil y automático permanecía encendido y efectuaba el mismo recorrido que el sol, simulando el desplazamiento del astro y convirtiendo el terrario en un pedazo ecológico del planeta Tierra. Confiaba que los biocosmos no se apercibieran de su artificialidad.

Buscó la compuerta de seguridad, que se cerraba mediante unos artilugios metálicos, Mark la abrió con sumo cuidado, vigilando a los biocosmos, que se hallaban en el lado opuesto del terrario, junto a la charca a la que seguían trasladando hojas para sumergirlas en e! agua en una tarea que para el pequeño ser parecía grande.

Mark introdujo el escarabajo goliat, que doblaba en tamaño al falso escarabajo en que se habían convertido los biocosmos al unirse entre sí, formando un solo cuerpo.

Se separó un tanto del terrario para no imponer su presencia y, gracias al sol artificial, pudo ver al escarabajo goliat, que, una vez caído dentro del terrario, avanzaba hacia un pequeño grupo de plantas escondiéndose entre ellas como posible medida de precaución ante un medio extraño en el que acababa de ser introducido.

—¿Lo veis claro? —preguntó Mark a través del microtelecomunicador,

—Sí, lo vemos perfectamente —respondió la voz de Maira.

—Bien, esperaremos un poco a ver qué sucede.

Pocos minutos transcurrieron hasta que el escarabajo goliat, un magnífico ejemplar en su especie, bien armado, se decidiera a abaldonar su refugio provisional.

Avanzó precavido, controlando su entorno en todas direcciones y,

como atraído por la humedad de la charca, se acercó a ella hasta que se enfrentó al falso escarabajo en que se habían convertido los biocosmos unidos. Posiblemente, se habían transformado en escarabajo o algo que se le parecía porque era la mejor forma para poder

arrancar los vegetales del terrario y trasladarlos a la charca, sumergiéndolos en ella.

Les biocosmos, por separado y con un tamaño inferior al de una pulga, carecían de la fuerza suficiente para cortar y trasladar el alimento que precisaban hasta la charca.

Los dos seres quedaron frente a frente, observándose.

El escarabajo biocósmico era muy inferior en tamaño, de lo que pareció percatarse en seguida el escarabajo goliat, que se decidió a atacar con sus pinzas abiertas.

—¿Atentos?

—Sí, Mark, seguimos el enfrentamiento.

El entomólogo estaba fascinado ante la presencia de aquel pseudoinsecto, totalmente desconocido para él.

El escarabajo goliat demostró una agilidad superior a la que había venido mostrando en su avance por el terrario y su enemigo, el pseudoescarabajo biocósmico, esquivó la embestida.

Su velocidad de movimientos era superior a la del escarabajo gigante.

La lucha a muerte se había iniciado entre ambos seres. Ninguno podía escapar a la situación, había unas paredes de cristal que lo impedían.

El terrario, aun siendo muy grande, era un reducto limitado y no había posibilidad de escape.

Quedaron enfrentados de nuevo. El escarabajo goliat se hallaba un tanto frustrado por habérsele escapado su enemigo, inferior en tamaño.

De pronto del pseudoescarabajo biocósmico brotó un fino rayo luminoso, que dio de lleno en la cabeza del escarabajo goliat, que se

tambaleó. Mas, su caparazón debía ser bastante resistente.

Su enemigo volvió a disparar el rayo que brotaba de sus ojos y el escarabajo goliat se derrumbó, sufriendo violentos espasmos, que le hicieron dar la vuelta sobre sí mismo y quedar panza arriba, moviendo las patas en el aire de forma incontrolada.

Los tres observadores seguían con emoción los acontecimientos.

El escarabajo alienígena se acercó a su víctima, lo cogió por el extremo de la cola y comenzó a jalar de él, llevándoselo hacia la pequeña charca que tenía el terrario. Estuvo así, luchando, hasta conseguir meterlo en ella. El escarabajo goliat quedó medio flotando.

De pronto, el pseudoescarabajo extraterrestre, se descompuso en una finísima nube de diminutos seres que tenían la facultad de volar. Se movieron hasta colocarse sobre la charca y como una nube de grueso polvo, como partículas de serrín, se sumergieron en el agua.

El escarabajo goliat, que aunque atacado por el rayo se hallaba vivo, comenzó a ser sacudido. Poco a poco, se fue hundiendo mientras era devorado por los insaciables biocosmos.

Mark abandonó la sala de juntas, había visto suficiente. Regresó al despacho donde aguardaban Maira y el entomólogo.

—¿Lo habéis visto?

—Sí —respondieron ambos.

—Eso confirma nuestras sospechas. Dentro del terrario, en plan experimental y a tamaño reducido, se confirma lo que vio el niño y más concretamente lo que ocurrió en la piscina con los siete muchachos y que pudo observar la única superviviente.,

—Todo lo tenemos grabado en el magnetoscopio —dijo la doctora Maira mientras el entomólogo preguntaba:

—¿Qué clase de ser es ése?

—Ya te lo explicaremos. No es terrestre y hemos podido comprobar que adopta la forma que más le conviene según las circunstancias.

—Entonces, creo que se puede presionar al comisionado Holloway.

—Después de lo que hemos experimentado, sí hay que presionar. Si lo que hemos visto en el terrario ocurre a escala gigantesca, estamos

frente a una invasión, terrorífica y no es ninguna hipótesis, sino una realidad.

—¿Hay más escarabajos como éste? —preguntó el entomólogo.

—No exactamente —le explicó Mark—, Fuera del terrario han visto al alienígena en forma de ser humano, pero de cinco metros de altura y disparando su rayo paralizante antes de devorar a su víctima, que sumerge en un medio acuoso. Prefiere comer seres vivosˆ y no muertos, lo cual resulta aún más terrorífico. —Miró a los ojos de la doctora Maira y añadió—: Si el comisionado Holloway no hace el caso que la situación merece, volaremos hacia el parlamento confederal y allí gritaremos que la civilización terrícola está en peligro, no sólo nosotros si no también todas las especies animales y las plantas. Estos biocosmos no cesarán en su ofensiva invasora hasta que dejen el planeta totalmente muerto y, después, lo abandonarán. ¿Cuántos planetas habrán exterminado hasta ahora?

CAPITULO VII

—Ya verás, es un lugar estupendo.

Silvy sonrió, mirándole de reojo. Jeff Pacheco conducía el vehículo, sintiéndose locuaz y alegre mientras devoraba kilómetros y kilómetros, desplazándose por el vial que no sufría desgaste alguno, ya que los vehículos no tenían ruedas y se desplazaban sin tocar el suelo, moviéndose a una altura que oscilaba entre los cincuenta centímetros y los ciento cincuenta Hacía siglo y medio que fuera llevado a un museo el último vehículo que funcionaba con motor de gasolina.

Cuando los vehículos se desplazaban a campo traviesa, solían levantar polvareda y asustar a los animales cuya recuperación se había llevado a cabo hacía ya más de un siglo para evitar la pérdida de las especies terrícolas, que comenzaran a extinguirse con el advenimiento de la era industrial en la civilización terrícola. Sin embargo, la concienciación sobre el problema ecológico, nacida en las postrimerías del siglo XX y que en el siglo XXI alcanzó un auge importante, había conseguido que la tecnología se pusiera a las órdenes del movimiento de salvación y recuperación de la Naturaleza.

Muchos productos alimenticios, de conservación, artilugios e incluso máquinas, que los medios publicitarios habían tratado de hacer creer a la población terrícola que eran indispensables, habían sido colocados en la lista negra como producciones nocivas y su fabricación había sido prohibida. Y en vez de lamentar su desaparición, a los pocos lustros la humanidad terrícola se había dado cuenta de que vivía mucho mejor sin esos productos falsamente indispensables que con ellos.

Mientras avanzaba hacia el complejo de ocio y deportivo Zero-Times, en el embalse Coid White de la compañía hidroeléctrica donde habían desaparecido tres hombres, proseguían las exploraciones subacuáticas.

Dos hombres, introducidos en un minisubmarino de bolsillo, recorrían el fondo muy despacio, iluminándose con potentes focos y tomando grabación en videotape de lo que podía parecerles interesante.

—Fíjate en eso, Charly —le dijo uno al otro.

—Sí, es el esqueleto espinoso de un pez.

—De un pez gato muy grande, son esos peces que viven a considerable profundidad y no asoman a la superficie.

—¿Crees que tiene algo que ver con lo que buscamos?

—Sí.

—Puede haber muerto de viejo y ahí, en el fondo, ha quedado su esqueleto. Como casi nunca se vacía el embalse por completo.

—Sin embargo, me parece sospechoso. Fíjate, fíjate hay más...

—Es cierto. Esto parece un cementerio de peces, pero sólo han quedado las espinas.

—¡Allí, Charly, allí hay un esqueleto!

Se acercaron hacia el esqueleto maniobrando en el minisubmarino que les protegía de la fuerte presión a la profundidad en que se hallaban.

—Ese esqueleto es reciente —opinó Charly.

—Hay que filmarlo. Fíjate, sus ropas están envolviéndolo, ni se las han quitado para devorarle.

—Es uno de los empleados de la hidroeléctrica, lleva la placa identificativa en el pecho.

—Parece increíble que haya quedado reducido a esqueleto tan pronto; su desaparición no tiene más de veinticuatro horas.

—En el Amazonas, las pirañas te convierten en esqueleto en pocos minutos. Es posible que hayan sido atacados por algo tan hambriento como una piraña.

—No cabe duda, hemos encontrado lo que buscábamos.

—'Es terrible —admitió su compañero—. Lo que haya entrado aquí es de una voracidad inimaginable. Se ha comido desde las plantas a los vigilantes de la presa, pasando por los peces; no ha dejado nada con vida.

La grabadora, gracias a los focos, iba filmando y filmando para que, una vez en el exterior, la policía pudiera ver lo sucedido abajo

en el fondo del embalse.

* * *

—¿No habías estado nunca aquí?

—No —contestó Silvy.

—¿Y qué te parece?

Los ojos de la bella secretaria de laboratorio Arquímedes brillaban.

—Es un paraíso.

—Sí, un paraíso hecho por la mano y la ciencia del hombre.

—Había oído hablar del complejo Zero-Times, pero ahora, al verlo, me parece maravilloso, especialmente el lago piscina.

—Tiene forma irregular pero es la piscina más grande jamás construida por el hombre No es un embalse. Todo el fondo está cuidado y no hay bacterias ni nada que pueda molestar. El agua está constantemente depurada, fíjate en el azul y la transparencia que tiene.

—-Sí, pese a que veo mucha gente bañándose.

—Dentro caben varios millares de personas sin problemas. La renovación del agua es constante y a metro cúbico por segundo. Ya verás la cascada por donde el agua que ha salido de la piscina regresa ya purificada después de pasar por la depuradora. Es una maravilla, por la noche está iluminada.

—-Nos bañaremos a gusto.

—Y los jardines y *bungalows* son estupendos. Desde esta colina donde está la recepción se puede ver gran parte de este maravilloso lugar que ocupa todo el valle.

—Pero unas vacaciones aquí son caras, muy caras.

—Te he invitado yo, ¿no?

—Sí, pero no quiero que pienses que por contra te

debo algo.

—Bueno, no te voy a pedir mucho; con que seas un poco cariñosa será suficiente, lo demás vendrá solo.

—Un poco cariñosa, bueno, pero los límites los marco yo y no tú ¿De acuerdo?

—Qué remedio. Subamos al vehículo y vayamos a nuestro *bungalow,* ya me han entregado la tarjeta llave. La ventaja de los que somos cosmonautas es que nos pasamos mucho tiempo por el espacio sideral y no podemos gastar nuestra paga. Cuando regresamos, no nos falta dinero para divertirnos un poco. La verdad es que quería irme a las islas Fiji.

—¿Y por qué no has ido?

—Porque me he topado con unos ojos grandes, una cabellera azabache y un tipo de mujer que más tarde o más temprano gozaré.

—-No te hagas ilusiones.

—El tiempo dará y quitará razones —dijo Jeff Pacheco, sonriendo con picardía.

Subieron de nuevo al silencioso vehículo ATH y se deslizaron- por los caminos del paraíso del ocio y el deporte donde se podían pasar unas vacaciones relajadas.

Todos los *bungalows* tenían amplios parterres en derredor, de modo que quedaban aislados entre sí. Arboles armónicamente plantados y que surgían de la tierra, aquí y allá, sombreaban la hierba.

—Vamos a estar aquí como Adán y Eva en el paraíso —exclamó Jeff Pacheco, apeándose del vehículo.

Silvy se rió y le siguió sin ningún recelo.

Se instalaron en el confortable *bungalow.* Jeff, que conocía el lugar, le mostró todas sus ventajas. El aire respirable era perfecto y la limpieza, automática.

—Mira la minicocina.

—No me harás cocinar, ¿verdad? —inquirió Silvy con un mohín.

—No Mira este teclado y la carta que hay arriba con comidas, bebidas, bocadillos. ¿Qué quieres tomar?

—Pues un emparedado de jamón y queso.

—Yo tomaré una hamburguesa caliente con cebolla y cerveza.

Jeff tecleó, miró a la muchacha y dijo:

—Ahora hay que esperar un poco.

Quedaron frente a una especie de armario con puerta de cristal, que era como un horno de microondas. De pronto, se encendió una luz y en el interior del mismo aparecieron los alimentos pedidos en el teclado.

—Qué maravilla —observó Silvy.

—Viene por un sistema neumático a. través de unos tubos que recorren toda el área por debajo de la hierba, así se evita el ir y venir de camareros y tú tienes lo que deseas casi en el mismo momento y de forma automática.

Antes de mirar nada más, comieron. Después, Jeff le mostró la alcoba, que no era muy grande pero sí confortable.

—¿Qué te parece la cama, Silvy?

—Muy bien. ¿Y a ti el sofá?

—¿Lo preguntas con mala intención?

—Ajá.

—Veremos qué es lo que se puede hacer —suspiró Jeff—. Sería humillante tener que pedir otra cama para mí.

—Si el sofá es suficiente, no hace falta que la pidas. De todos modos, afuera la hierba parece blanda.

—Muy bonito. ¿Serías capaz de hacerme dormir al cielo raso?

—Un cosmonauta como tú debe estar hecho a todo —se burló Silvy.

—¡Resignación! —exclamó Jeff abriendo los brazos, al tiempo que los elevaba al cielo. Luego preguntó—: ¿Te gustan los gatos?

—Pues no sé, ni me gustan ni me disgustan.

—Lo digo porque si durante la noche oyes maullar y un gato se mete en tu cama, no lo ataques,

—Comprendo. Si ocurre tal suceso, llamaré a la liga protectora de animales para que se lleven el gato.

—¿Y si descubren luego que no es un gato lo que maullaba?

—Me temo que se van a enfadar.

Encendieron la pantalla grande en la que estaban ofreciendo un noticiero informativo. De súbito, la pantalla se apagó.

—Mira, se ha estropeado —observó Silvy.

—Parece que se ha interrumpido el fluido eléctrico —rezongó Jeff Pacheco.

—¿Será una avería general?

—Puede ser, voy a llamar por el televideófono.

Abrió el telecomunicador, pero éste no dio señales de funcionar.

—Parece que tampoco funciona —opinó Silvy.

—Vaya, sí que es raro; un lugar como éste donde todo funciona con tanta perfección.

—Puede tratarse de una avería importante,

—De todos modos, seguro que la arreglan pronto. Mientras, te voy a regalar algo que te gustará.

—¿Qué es?

Del interior de un maletín, Jeff extrajo una especie de microauriculares unidos entre sí por un arco plástico fino. Llevaban un colgante, una especie de vistoso medallón con un sol en su centro.

—¿Qué es?

—Un autohilo musical para practicar el baile.

—A ver...

Silvy se colocó los microauriculares pasando el arco plástico por



encima de su caballo negro.

—¿Cómo funciona esto?

—Él sol es giratorio, puedes moverlo a voluntad para el volumen y unos pivotitos que hay en la parte superior sirven para seleccionar el tipo de melodía,

—No se oye nada —dijo ella.

—Gira el sol.

—Ah, ahora, ahora...

—Yo sí que no oigo nada —observó Jeff—. Está ideado para no molestar a nadie.

—No te oigo —se rió Silvy.

Y comenzó a ondular su bello cuerpo al ritmo de la música, que se incrustaba en su cerebro a través de sus oídos, una música con volumen casi violento, equivalente a ciento cincuenta decibelios dentro de una discoteca.

Aquel artilugio de reproducción musical poseía autonomía propia gracias a una microbatería.

Silvy se sintió como drogada por la música vibrante que la hacía danzar. Era una música de batería y bongos con guitarras eléctricas y un órgano electrónico. Prosiguió por más tiempo de lo que ella misma había supuesto y no supo desprenderse de ella, ya que su cuerpo se sentía bien moviéndose casi con violencia, de tal modo que hasta la vista se le había nublado.

Su cuerpo se perló de sudor y cuando el bloque musical terminó, se quitó los microauriculares del autohilo musical.

Se dejó caer en el sofá riendo, agotada. Mientras bailaba, había perdido la noción de la situación y el tiempo, era como si se sumergiera en otra dimensión. Silvy no recordaba haber bailado nunca con tanto ímpetu.

—¡Jeff!

El hombre no respondió. Silvy miró en derredor.

—Jeff, ¿dónde estás?

Jeff seguía sin responder. Silvy, todavía cansada por el esfuerzo realizado, se encogió de hombros.

Descansó unos minutos más, pero al ver que Jeff Pacheco no reaparecía, abandonó el sofá y buscó en la habitación y en el cuarto de aseo.

Salió del *bungalow,* pero Jeff tampoco estaba afuera y la visibilidad era grande, ya que los *bungalows* estaban separados entre sí.

—¡Jeff! —llamó, elevando su voz fina y algo aniñada.

No había nadie en torno suyo; un silencio completo, solo roto por un suave rumor que la brisa provocaba al filtrarse entre el follaje de los árboles.

Silvy se sentía desconcertada, no acababa de comprender la desaparición de Jeff Pacheco. Todo había ocurrido mientras ella bailaba al compás de una música que excitaba su cerebro, obligando a su cuerpo a danzar de una forma cargada de sensualidad, sensualidad a la que Silvy era visceralmente propensa.

Se acercó al *bungalow* vecino. Se, asomó a una ventana y no vio a nadie. Caminó hasta otro y tampoco descubrió a nadie. Se sintió sola, terriblemente sola y una sensación de angustia borró la alegría sensual que siempre llevaba consigo.

Silvy aceleró el paso por los caminos bordeados de árboles. Veía *bungalows* a un lado y a otro, pero nadie, absolutamente nadie, por parte alguna. Era una sensación en la que jamás antes se había encontrado.

Llegó a un mirador desde donde se dominaba la macropiscina de forma irregular, una piscina maravillosa y limpia, capaz para millares de personas.

La piscina se hallaba repleta de gente, que braceaba o pateaba salpicando en su entorno. Era como si la piscina estuviera hirviendo, aquél no era el baño alegre o relajante de seres que nadaban o simplemente se bañaban. Aquél era un espectáculo escalofriante, como si todos los que estaban en el agua sufrieran violentísimos ataques epilépticos.

En torno a la piscina pudo ver hasta ocho seres gigantescos, de aspecto parduzco, sin vestiduras. Eran seres repugnantes, de tamaño casi tres veces superior al de los terrestres.

De cuando en cuando, disparaban rayos que brotaban de sus ojos y que hacían blanco en las víctimas, que chapoteaban en el agua de donde ya no podían escapar.

El espectáculo que se ofrecía a los ojos desorbitados de Silvy no tenía fuego, no hacía mover la tierra, no nublaba el cielo; sin embargo, era apocalíptico.

Centenares de seres humanos chapoteaban en una agonía mortal antes de ser devorados por los alienígenas, que con sus rayos les paralizaban los centros nerviosos, los descontrolaban impidiéndoles toda posibilidad de huida

-El pánico aflojó sus piernas, les quitó fuerza. Creó un vacío en su estómago y sintió que su cuerpo despedía frío.

Bruscamente, uno de los gigantes se descompuso en una nube de partículas. Fue como una bandada de diminutos insectos que se expandieron sobre la piscina y luego descendieron hasta el agua, cayendo sobre sus víctimas, que, incapaces de defenderse, seguían chapoteando o ahogándose.

No es que Silvy no quisiera ver más, es que ya no pudo soportar ser testigo de semejante masacre. Los alienígenas devorando a los terrícolas...

Quiso gritar y se contuvo, ella podía ser una víctima más del festín si era descubierta.

Fue retrocediendo hasta que dejó de verlos y, a su vez, ellos ya no la podían descubrir. Corrió sacudiendo la cabeza, gimiendo, ahogándose, jadeante, notando que le faltaba el aire.

Cuando llegó junto al *bungalow,* se tumbó sobre el vehículo abriendo la boca en busca de aire, como un pez buscando agua al ser sacado de su medio.

Cuando se repuso un tanto, se introdujo en el vehículo y lo .puso en marcha, abandonando el lugar a toda prisa, sin preocuparse de recoger nada.

Enfiló por los caminos en busca de la salida cuando ante ella vio a uno de los gigantes que la centró entre sus dos ojos.

—¡Maldito, maldito! —gimió Silvy, temiendo qué había llegado su hora.

Dio más velocidad al vehículo y arremetió contra el gigante, pensando que en la colisión ambos morirían, mas ocurrió lo inesperado.

Se produjo el choque contra el alienígena y sus piernas se deshicieron, convirtiéndose en polvo, mientras el resto del cuerpo se derrumbaba y, al tocar el suelo, también se transformaba en una especie de polvo, una masa de diminutos seres, que, rápidamente, formaron una nube compacta.

El alienígena no había tenido tiempo de lanzarle su rayo paralizante y Silvy aumentó la velocidad mientras dejaba atrás los árboles, los magníficos parterres del Zero-Times, un lugar espléndido para morir.

CAPITULO VIII

El servicio de recepción llamó con insistencia al despacho de la doctora Maira, responsable en funciones del Centro de Investigaciones Arquímedes.

—¿Qué sucede?

—Doctora Maira, Silvy está frente a la puerta Se encuentra mal, creo que es necesario que la vea. Dice algo de gigantes. ¿Aviso a un médico?

—Un momento, espere, voy a ver. —Se volvió hacia Mark que estaba junto a ella y musitó—: Parece que Silvy los ha visto.

—¿Y Jeff?

—No lo sé, ella está en la puerta.

—Vamos.

Corrieron hacia la entrada del centro. El vehículo de Silvy estaba rodeado por cuatro empleados del laboratorio. La doctora Maira, al verlos, les pidió:

—Por favor, regresen a sus puestos. Nosotros nos ocuparemos de ella.

Mark abrió la puerta del vehículo y Silvy se le lanzó al cuello, abrazándole.

—Vamos, tranquilízate, tranquilízate, ya no estás en peligro.

Silvy parecía incapaz de ponerse en pie, toda su energía se había esfumado. Mark, que la mantenía abrazada, se dio cuenta de ello y la cogió entre sus brazos.

Así, la llevó hacia el interior del centro de investigaciones.

Maira le fue abriendo las puertas. En otras circunstancias, posiblemente habría sentido celos al ver a la bella Silvy sostenida por los brazos del cosmonauta, aquellos brazos que la habían amado a ella, pero en aquellos instantes miró a Silvy como a una hermana que tenía dificultades.

Cuando Mark Lastman la hubo depositado sobre el sofá en que había amado a Maira, ésta buscó un *spray* revitalizador y colocándolo a cierta distancia del rostro de Silvy, le envió el aerosol, que no tardó en surtir efecto. Silvy se sintió aliviada, le dolía menos la garganta y sus pulmones se hincharon.

-—¡Los he visto!

Maira y Mark intercambiaron una mirada de inteligencia, La doctora preguntó:

—¿Te refieres a los gigantes?

—Sí,

—¿Dónde?

—En Zero-Times.

Mark inquirió:

—'¿Es ese recinto de ocio y deporte?

—Sí, sí, ha sido horrible; todos morían en la gran piscina. Chapoteaban mientras veían la muerte echándoseles encima.

—¿Y Jeff Pacheco? —preguntó Mark, sombrío.

—Allí, allí se ha quedado. Yo he podido escapar y todavía no sé cómo. He atropellado a uno de los gigantes y se ha Convertido en una nube de polvo.

—Hay que notificar lo sucedido ahora mismo al comisionado Holloway.

—Sí, yo misma se lo explicaré —dijo Maira, encarándose con el televideófono.

—Silvy, explícanos un poco cómo ha sido todo.

—No lo sé, no lo sé... Yo bailaba con un autohilo musical y no oía nada, nada aparte de la música, que estaba muy alta. Cuando ha terminado la música, estaba agotada y Jeff Pacheco había desaparecido, lo mismo que todas las demás personas de los *bungalows* y las zonas de recreo. Todos menos yo, estaban en la piscina.

—Y ellos, ¿cuántos eran?

—Ocho.

Maira la miró, mientras aguardaba que apareciera en la pequeña pantalla el comisionado Holloway,

—Se han multiplicado —gruñó Mark.

—Y si se alimentan con las víctimas del Zero-Times, seguirán aumentando en número y así sucesivamente hasta que se apoderen de todo el planeta —se lamentó Maira.

—¿Quién llama al comisionado Holloway? —preguntó un hombre tras una mesa de despacho.

—Soy la doctora Maira, directora en funciones del centro de investigaciones Arquímedes. Deseo comunicarme, con el comisionado Holloway.

—Ah, sí, doctora Maira. Lo siento, el comisionado Holloway no está ahora en su despacho.

—Es urgente.

—Sí, ya lo supongo —aceptó el ayudante del comisionado—, pero el comisionado Holloway también tiene problemas que solventar.

—Contacte inmediatamente con él. Millares de personas están siendo atacadas en este momento.

—¿Atacadas, por quién?

—El comisionado sabe muy bien por quién. Es urgente que envíe una agrupación de policía fuertemente armada al complejo de ocio y deporte Zero-Times,

—¿No se tratará de una broma?

—En absoluto, dese prisa o le haré responsable ante el secretario confederal de seguridad pública por lo que ocurra.

Antes de que el ayudante del comisionado Holloway pudiera responder, Maira cerró el televideófono dando por concluida la comunicación.

—Me voy —dijo Mark.

—¿Adónde? —preguntó Maira.

—Al complejo Zero-Times.

—Yo iré contigo.

—Puede ser muy peligroso.

—Aunque lo sea,

—Tú eres la responsable de este centro,

—Nadie es indispensable. En realidad, funciona solo gracias al magnífico bioordenador que poseemos.

—¡No vayáis! —les pidió Silvy—. Es horrible.

—Hay que darse prisa. Ah, da orden de que no entre nadie en la sala de juntas —le pidió Mark.

—'Entiendo.

—Yo voy a pasar primero por el astropuerto. Después de todo, me pilla casi de camino.

—Silvy,' ¿quieres que pida a alguien que te cuide? —preguntó Maira, solícita,

—No es necesario, ya me encuentro mejor.

—Sería mejor que tomaras un sedante y durmieras.

—Sí, quizá sea lo mejor —admitió la muchacha.

La doctora Maira le proporcionó una pastilla, que Silvy se tomó con agua. Silvy deseaba escapar a la realidad, sus nervios habían llegado a su límite de resistencia.

Minutos más tarde, Mark Lastman se alejaba del centro en su vehículo. Maira viajaba a su lado.

—Espero que el comisionado Holloway envíe cuanto antes a la policía.

—Esos seres son más peligrosos de lo que habíamos creído. Por lo que ha contado Silvy, son capaces de cortar el suministro de fluido eléctrico y también las telecomunicaciones.

—Entonces, sí hemos de suponer que poseen una inteligencia evolucionada, no sólo actúan instintivamente.

—No, por supuesto que no actúan instintivamente. Ellos actúan trazándose un plan ofensivo.

—¿Cómo explicas que Silvy pudiera escapar?

Mark meditó la respuesta mientras se dirigía- a gran velocidad al astropuerto, pues deseaba pasar por su nave antes de proseguir viaje hacia el complejo Zero-Times.

—Podría ser que de alguna forma atraigan a sus víctimas al lugar que ellos desean.

—¿Quieres decir que envían una orden telepática que sus víctimas son incapaces de desobedecer?

—Eso explicaría el que se salvara Silvy al no captar esa orden. En su cerebro retumbaba la música que la obligaba a bailar, una música que la enajenaba mientras duraba.

—Sí, podría ser —aceptó Maira,

—Es la única explicación lógica de lo sucedido De lo contrario, Jeff Pacheco no habría caminado hacia su propia muerte.

—Lo que dices es cierto, y la gravedad de la situación es mayor, ya que pueden ordenar lo que les parezca para evitar ser atacados. Pueden pedir que nos durmamos o que nos matemos entre nosotros mismos.

—Sí, todo es posible si consiguen dominar nuestra voluntad —dijo Mark Lastman, mientras introducía el vehículo en el astropuerto y se desplazaba recto hacia su nave.

—Entonces, serán invulnerables.

—Ven, ayúdame.

Maira no preguntó en qué podía ayudarle, se limitó a seguirle.

Entraron en la cosmonave. De un armario, Mark tomó dos petates color naranja y del armero, un fusil incinerante y una pistola, que entregó a Maira.

—Cuélgala de tu cinturón.

Ella la tomó y dijo:

—No la he disparado nunca.

—Es fácil. Apunta a lo que creas es un enemigo y oprime el botón gatillo. No te preocupes de más, el rayo que salga hará su efecto, pero procura que yo no esté delante.

—Tendré cuidado —asintió ella, mirando la pistola.

—Ahora, si puedes, llévame este fusil.

Maira tomó el fusil. Comprobó que tenía un peso considerable y un visor de infrarrojos telescópico de largo alcance.

—Es muy poderoso, ¿verdad?

—Lo llevo siempre en la cosmonave por si tenemos un mal tropiezo en el espacio sideral. El caso es que hasta ahora jamás he encontrado nada contra lo cual disparar, y me alegro de ello.

—Pues ahora…

—Sí, vivimos una situación distinta. Vamos.

Mark Lastman cargó con los dos petates color naranja y los introdujo en el vehículo. Luego subieron ambos y Maira le entregó el fusil, que Mark depositó en el suelo, al alcance de su mano,

—Espero que lleguemos a tiempo.

—¿De salvar a las víctimas?

—No, eso no lo creo. Cuando menos, habrán muerto ahogados

Pensó en Jeff Pacheco y, apretó los dientes, mientras daba velocidad a su vehículo, que se alejó muy rápido del astropuerto.

Conectó el radar de alta seguridad para no colisionar con ningún otro vehículo y puso la máxima altura del suelo para pasar por encima de otro vehículo que circulara lento por el vial.

Convertido casi en un proyectil, devoraron los kilómetros hasta salirse por el desvío que conducía al Zero- Times.

En la entrada del gran complejo de ocio y deportivo no había nadie, todo semejaba abandonado.

Se internaron en el parque y, en aquel momento, Mark conectó el reproductor musical poniéndolo a todo volumen.

—¡ Si te duele la cabeza, lo siento, es una medida de precaución! . —gritó Mark para hacerse oír.

—¡Comprendido! —le respondió Maira.

Ya con menos velocidad, circularon por el interior del parque.

Tuvieron tiempo de ver cómo una gran nube compacta emergía de la macropiscina y se elevaba por encima de los árboles, alejándose en dirección sur.

—¡Ahí van! —gritó Maira.

Mark detuvo el vehículo. Tomó su fusil incinerante, saltó a tierra y disparó contra la nube el rayo abrasador que la perforó. Movió el arma haciendo giros y eses para abarcar el máximo.

Se escuchó un fragor amenazante, era como un ventarrón cruzando por un angosto cañón o como el ruido atronador de un primitivo avión a reacción, metido en el hangar con las ruedas ancladas en el cemento, impidiéndole volar.

Cayó sobre los árboles y la hierba como un polvillo oscuro, pero la gran masa de la nube se alejó.

—¡Mark, Mark!

El cosmonauta se volvió hacia Maira que había vuelto su rostro hacia él.

Mark miró por encima de ella hacia la magnífica piscina, orgullo de aquel complejo de descanso.

Las aguas estaban tranquilas, seguían limpias como siempre La depuradora debía seguir funcionando de forma automática, pero el fondo de color azul muy claro estaba lleno de esqueletos humanos, algunos todavía cubiertos con el bañador, otros con distintas ropas.

Los biocosmos no parecían necesitar desnudar a sus víctimas para devorarlas, su minúsculo tamaño íes permitía introducirse por todas partes.

—Ha sido horrible —dijo él, abrazando a Maira contra sí.

—Ya no tiene remedio.

—Para los muertos, no; pero la guerra sólo ha hecho que comenzar.

—Sí, pero ellos, ¿cuántos son ahora? ¿En qué se pueden transformar?

—No lo sé. Eran ocho según Silvy; ahora, sin duda, serán más. Han comido y posiblemente se habrán reproducido.

En aquellos momentos, pudieron oír el ulular de sirenas Se volvieron y vieron avanzar por los caminos a un nutrido grupo de vehículos policiales, que llegaron a su altura. Uno de ellos se detuvo y de él se apeó el coronel.

—Doctora Maira, ¿ha llamado usted?

—Sí, mire. —Señaló la macropiscina.

—¡ Qué horror!

—¿Y el comisionado? —preguntó Mark Lastman con notable dureza.

—Vendrá dentro de pocos minutos.

—Los alienígenas, en forma de nube, han desaparecido por encima de los árboles en dirección sur después de asesinar,, devorar y haberse reproducido.

—Sí, ya veo.

—Lo que puede hacer es pedir que un satélite de rastreo por infrarrojos inspeccione la zona. Quizá veamos dónde se ha posado la nube de biocosmos.

—¿Cómo ha dicho?

Maira intervino para aclarar:

—A los alienígenas los hemos bautizado en el laboratorio como biocosmos.

—¿Y dice que se han marchado en dirección sur en forma de nube?

—Sí, Si conseguimos localizarles y averiguar su posición, puede que tengamos la oportunidad de abortar su invasión. De lo contrario,

seguirán asesinando y multiplicándose hasta que sean millones de veces superiores a nosotros. Ellos no desprecian nada, devoran personas animales e incluso vegetales.

—Pondremos en marcha la red de satélites de rastreo para inspeccionar exhaustivamente la zona; daremos con ellos.

Regresó al interior de su vehículo; sabía que ya nada se podía hacer por las víctimas devoradas en el interior de la piscina, entre las que se contaba Jeff Pacheco.

CAPITULO IX

Lo sucedido ya no se podía ocultar más,

El comisionado Holloway, desbordado por los trágicos acontecimientos, decidió dar la noticia punto por punto al gobierno confederal.

Se había elaborado un plan de defensa y por los informativos de TTV se advirtió de que el secretario confederal de seguridad pública hablaría a los habitantes del planeta.

En el despacho del centro de investigaciones Arquímedes, Maira y Mark aguardaban para ver a través de la pantalla al secretario confederal de seguridad pública y oír sus palabras.

No cabía duda alguna de que el pánico iba a cundir, especialmente en las áreas más directamente afectadas por la invasión.

—·Parece increíble que los satélites artificiales de rastreo no hayan descubierto a los biocosmos —comentó Maira, pensativa.

—No conocemos_ aún todas sus posibilidades de mimetismo y camuflaje. Pueden estar formando una nube que se desplace por el aire, empujada por el viento o metidos dentro de algún almacén abandonado donde los satélites artificiales no los descubrirán; o quién sabe si han encontrado una cueva. Hay tantas opciones...

—Toda la policía, en mil millas a la redonda, está con los ojos muy abiertos,

—Es una lucha extraña. No es el enfrentamiento de un ejército contra otro, es una ofensiva invasora, silenciosa y traidora.

—Lo difícil es atacarles, <;verdad, Mark?

—Sí, es difícil, porque eliminar a millares de biocosmos no significa acabar con el grupo que forma un gigante porque pueden reagruparse y tomar otra forma inferior. Ya viste cómo se convertían en escarabajo en el terrario y que tenían capacidad para derribar a un enemigo físicamente superior y luego devorarlo. Mientras exista un pequeño grupo de esos seres, habrá posibilidad de que se reproduzcan.

En aquel momento, se encendió la pantalla mural de la TTV automáticamente al llegar la hora.

Apareció la imagen del secretario confederal de seguridad pública en una emisión mundial. Su rostro estaba pálido y, sin embargo, trataba de sonreír, ofreciendo confianza, como queriendo impedir que sus palabras causaran el pánico entre la población civil.

—Ciudadanos del gobierno confederal terrestre, he querido hablaros personalmente en esta situación delicada, pero perfectamente controlable en la que nos hallamos... —Hizo una pausa, volvió a forzar su sonrisa un poco más—. Es posible que todos hayan oído hablar de la lluvia de estrellas que cayó sobre nuestro, planeta hace poco, apenas dos semanas Los pequeños meteoritos cayeron sobre el lago Honey, pero ya teníamos muestras de tales meteoritos, pues nuestra vigilancia espacial es constante. En el laboratorio se llegó a descubrir que cada meteorito contenía una especie de insecto del tamaño de una pulga. Es éste e, insisto, piensen ustedes en el tamaño de una pulga...

En pantalla apareció la fotografía de un biocosmos.

—Le sacaste un buen retrato —dijo Mark a Maira.

—He preferido enviarles fotos fijas, en movimiento asustarían más, pero también les he mandado una película de nuestro departamento de imagen.

El secretario de seguridad pública prosiguió:

—Ahora les voy a mostrar un átomo de carbono. Vean cómo se puede unir a oíros átomos de carbono y van formando cuerpos distintos con diferentes propiedades...

En pantalla se vieron los átomos de carbono unidos entre sí, formando grandes cadenas atómicas.

—Ahora van a ver lo mismo en dibujos, pero con esté diminuto ser llegado del espacio y que en el centro de investigación Arquímedes han bautizado como biocosmos.

Apareció el dibujo de un biocosmos, luego otro y después un tercero y un cuarto... Se fueron uniendo por las patas hasta que, dibujo a dibujo, formaron una masa compacta con figura humana, asemejándose mucho al ser gigantesco que Silvy viera con sus propios ojos.

~—Estos biocosmos se trasladan en forma de nube y cuando desean atacar adquieren la forma que ven en pantalla. Si ven a seres como éste, acudan a los refugios más próximos y llamen a la policía, aunque es posible que el televideófono no funcione y se queden sin fluido eléctrico, pues se ha comprobado que suelen cortar los servicios antes de atacar.

El secretario confederal continuó con su explicación, mientras se mantenía el dibujo fijo del enemigo mortal de la especie terrícola. Después, entrando más en materia y para que la población adquiriera conciencia de cuál era el peligro real, pasó una filmación de la piscina del complejo deportivo Zero-Times.

—Podrán comprobar que estos diminutos seres son capaces de devorar cuerpos enteros como si fueran voraces hormigas. Suelen atacar junto a piscinas, charcas o lagos donde arrojan a sus víctimas, porque ellos se alimentan y reproducen dentro del agua. Una vez se han alimentado y reproducido, abandonan el lugar por el aire, puesto que poseen la facultad de volar cuando se hallan disgregados en forma de nube, por lo que el gobierno confederal recomienda que se vacíen todas las piscinas o charcas. También se ha dado la orden del vaciado de embalses, aunque sabemos que ello causará el lógico perjuicio económico y de falta de agua. No obstante, el gobierno confedera! tratará de solucionar y paliar todos estos problemas. Los que vivan cerca de los lagos será mejor que se trasladen a otras zonas. Estos seres, por lo que conocemos,- no atacan si no es junto al agua. Junto a los lagos se instalará el ejército con sus armas. En todo momento hallarán !a protección de las fuerzas del orden, sigan sus indicaciones,,.

—¿Has oído, Mark?

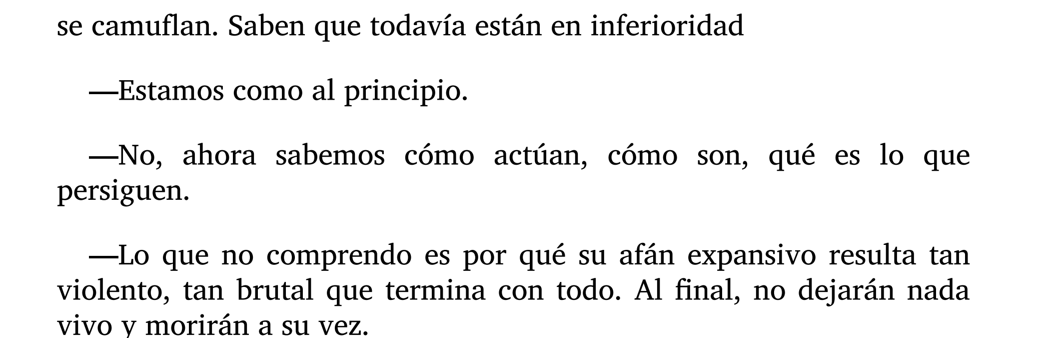
—Sí, que emplearán el ejército.

—Me parece adecuado. La población civil, al ver al ejército, se sentirá más protegida,

—El gobierno confederal no tiene ejército numeroso, puesto que no hay ejércitos enemigos; pero sus miembros están altamente especializados y son suficientes para abortar cualquier intento de formación de ejército privado al servicio de algún posible monopolio o grupo oligárquico.

—Si por lo menos los biocosmos estuvieran localizados...

—No cabe duda de que tienen una inteligencia de grupo, por eso



se camuflan. Saben que todavía están en inferioridad

—Estamos como al principio.

—No, ahora sabemos cómo actúan, cómo son, qué es lo que persiguen.

—Lo que no comprendo es por qué su afán expansivo resulta tan violento, tan brutal que termina con todo. Al final, no dejarán nada vivo y morirán a su vez.

—Es posible que cuando tengan controlado el planeta se controlen ellos también, aunque me inclino a suponer que no tienen freno y cuando llegan a consumir todo el planeta, entonces preparan su emigración.

—¿Todos?

—Unos pocos o puede que varios grupos que se dirijan hacia otros planetas de la galaxia viajando en forma de nube tal como llegaban aquí. Si encuentran otro planeta vivo, la invasión se volvería a reproducir.

—Pero si son varios grupos los que se lanzan al espacio encapsulados dentro de los meteoritos, ocurrirá que terminarán por invadir y exterminar toda la galaxia.

—Es una posibilidad. Si se reproducen aquí, pueden

partir millones de nubes, como la que llegó aquí, en distintas direcciones.

—Sí, eso es cierto, los biocosmos serán los asesinos de toda la vida de la galaxia, si no conseguimos detenerlos aquí.

—Hay que exterminarlos al precio que sea.

—¿Por qué no vamos a ver al que tenemos encerrado?

—Sí, vamos.

Abandonaron el despacho y se dirigieron a la sala de juntas, que permanecía cerrada con llave.

El gran terrario se hallaba en el centro de la sala, sobre la larga mesa, iluminado por el sol artificial en aquellos momentos.

—¡ Mark!

—Tranquila, tranquila —le pidió el cosmonauta.

Del terrario había desaparecido todo signo de vida, a excepción de los biocosmos, Ya no quedaba nada de las plantas ni de los árboles enanos, habían devorado hasta los troncos.

El terrario era un pequeño desierto con la charca en el centro, y enfrentado a los cristales estaba el extraño. Su forma era humanoide ahora, tenía un palmo y medio de altura y se parecía mucho al dibujo que mostrara la televisión.

Aquel ser era pequeño, pero ya impresionaba. Sus ojos eran grandes, de color amarillo verdoso, y miraron inquisitivamente a los terrícolas. Estos ignoraban si en aquella cabeza había capacidad de odio, lo que sí era evidente es que bastaban unos pocos biocosmos para que, alimentándose, formasen un ente autónomo capaz de atacar y reproducirse.

—Se ha hecho grande. Era del tamaño de un escarabajo y ahora tiene palmo y medio de altura y forma humanoide.

—Nos está observando, debe calcular sus posibilidades de ataque.

Maira se acercó más al hombre.

—¿Crees que se siente prisionero?

—No lo sé, es posible que sí. Se le ha terminado la comida y eso que tenemos delante es una máquina insaciable, necesita más alimento.

—Si se lo damos, irá haciéndose más y más grande.

—Naturalmente no se lo vamos a dar y lo tenemos bien encerrado.

—¿Qué vamos a hacer, mostrarlo a la opinión pública?

—No estaría mal meterlo dentro de una campana de cristal, pero lo que hay que hacer en principio es quitarle el agua de la charca.

—Eso no será difícil, tiene un desagüe.

—Pues vacíala, aunque sea en el suelo, ya lo limpiaremos. Sin agua, su poder de reproducción queda anulado.

Maira se acercó al terrario con cierta prevención cuando de los ojos de aquel ser formado por los diminutos biocosmos, como si éstos fueranˆ células de su cuerpo, brotó un rayo visible en dirección a Maira, que gritó, echándose atrás.

Mark fue hacia ella cogiéndola por los hombros, pero el rayo lanzado por el alienígena no había conseguido su prepósito El grueso cristal del terrario hizo rebotar el rayo en distintas direcciones, rompiéndolo y transformándolo en diminutas chispas.

—No puede hacernos nada, está prisionero.

El alienígena, de tamaño enano comparado con los miembros de su especie que habían propagado la tragedia y el pánico, se sintió encerrado dentro del terrario.

Acercándose al cristal, lo golpeó con lo que podían considerarse sus puños, mas el cristal era de seguridad, irrompible, y los cierres de tapas, perfectos. No había escapatoria para él.

—Debemos tener mucho cuidado para que este bicho no escape. Es tan peligroso como los demás, ya conoces su brutal capacidad de reproducción.

—Sí, pero ¿qué hacemos ahora?

—Probar algún tipo de gas o aerosol.

—¿Para exterminarlo?

—Podemos estudiar uno que sea narcotizante y otro tóxico para ellos.

—La ofensiva de gases tóxica fue prohibida.

—Este es un caso especial; no se trata de luchar terrícolas contra terrícolas, éstos son alienígenas.

—De todos modos, habrá que advertir al gobierno confedera!.

—Sí, pero antes de pedir los permisos debemos saber cuáles son los gases que podríamos emplear.

Mientras, millares de familias tomaban lo más imprescindible y lo cargaban en sus vehículos privados para iniciar el éxodo que les permitiera escapar de la amenaza de invasión de los biocosmos.

La policía controlaba el masivo éxodo tratando de evitar el pánico y los vehículos del ejército se dirigían hacia los lagos y pantanos para controlarlos mientras los vehículos aéreos sobrevolaban las áreas posiblemente afectadas, buscando al camuflado enemigo.

Los satélites artificiales tomaban grabaciones y más grabaciones buscando a los biocosmos, que no aparecían por parte alguna y todo se convulsionaba ante la silenciosa pero trágica y multiplicante invasión.

La doctora Maira aplicó un frasco al compresor de aireación del terrario.

—¿No habrá peligro? —preguntó Mark.

—No creo. El tubo de expulsión de aire va directo a un depósito con una solución acuosa que neutralizará el gas y no contaminará el ambiente exterior.

Mark opinó:

—Parece un líquido.

La bella científico explicó:

—Es un líquido a baja temperatura, pero con la corriente de aire se gasifica y operará en su sistema de respiración. Hemos de pensar que ese ser encerrado en el terrario no posee pulmones como nosotros, cada biocosmos respira por sí mismo, aunque todavía no hemos averiguado la forma en que lo hace. Habría, que diseccionar a uno de esos biocosmos frente a un microscopio con grabadora incluida y no sería fácil, estos estudios son largos y más para descubrir estructuras biológicas desconocí das para nosotros.

—Está bien, vayamos pues a la fórmula de neutralizar a los alienígenas invasores.

El líquido gasificado pasó a través del compresor al interior del terrario que ahora observaban mediante las telecámaras.

El pequeño alienígena, formado por los miles de biocosmos allí nacidos, había adquirido conciencia de que estaba prisionero precisamente de los seres que había ido a invadir.

La memoria genética de la invasión, de matar, devorar y reproducirse, estaba impresa en cada uno de los biocosmos, pero el

completo de inteligencia al parecer lo adquirían cuando se agrupaban. Entonces, se tornaban agresivos, insaciables, despiadados y peligrosísimos.

A través de la pantalla pudieron ver cómo el pequeño alienígena, ante la entrada del gas, se movía. Desplazó sus extraños ojos en todas direcciones, unos ojos también formados por diminutos biocosmos.

Había comenzado a sentir la presencia narcotizante del gas y aquella especie de muñeco agresor se tambaleó, las tuerzas parecían fallarle.

—Está haciéndole efectos —observó la doctora Maira.

—Sí, creo que el gas narcotizante es válido; pero ¿por cuánto tiempo le atacará?

—Lo ignoro.

—Y después, ¿qué hacer con el gas sobrante?

—Unas aeronaves con dispersores de solución pueden barrer el gas, que dejará de ser un peligro para todos.

—Bien, es importante no dejar una ulterior contaminación aérea.

De pronto, el pequeño alienígena se descompuso como en una explosión. Se transformó en una nube compacta, que se posó sobre la charca del terrario, hundiéndose en el. Pero ya eran muchos y separados entre sí, y, aunque fuera a una mínima distancia, ocupaban un espacio superior a la capacidad de la charca, que quedó cubierta por una capa de algo sucio y repugnante que se agitaba.

—Se ha refugiado en el agua para no respirar el gas —observó Maira.

—¡Ya está, ya hemos encontrado la solución!

—¿Cuál? No te entiendo.

—Ya te contaré.

Maira le observó interrogante. Mark la cogió de la mano y la sacó de la sala de juntas. Tenía prisa, mucha prisa. En su cerebro se acumulaban las ideas, aunque no estaba muy segura de que fueran las adecuadas para atajar la invasión de los biocosmos.

CAPÍTULO X

El comisario Holloway ya no estaba solo, En tomo suyo tenía a los altos jefes de la policía, del ejército, de la Marina, del aire y de las milicias cosmonáuticas. La bola de nieve se había hecho grande a base de rodar sobre los acontecimientos y ya era imparable.

—Es un enemigo invisible —se lamentó el comandante general de las milicias cosmonáuticas.

—En el mar, en los océanos, no Io hemos detectado —observó el almirante, comandante en jefe de la flota confederal.

—En tierra tampoco encontraremos nada, se. está rastreando todo palmo a palmo —dijo el general del ejército de tierra, que añadió—: Si no fuera por lo que vimos en la piscina del Zero-Times, tendría que creer, que se trata de una serpiente de verano.

El coronel de la policía añadió:

—No sólo fue el Zero-Times. En una piscina privada fueron descubiertos siete esqueletos y en el embalse Coid White murieron tres empleados de la hidroeléctrica. Y no sólo fueron devorados ellos, sino toda la fauna y la flora del embalse.

Todos asintieron con la cabeza; no cabía pensar que todo fuera una serpiente de verano, un *bluff*. Cientos de seres humanos, además de animales y plantas, habían sido devorados por los invasores llamados biocosmos.

—Por lo visto, el agua salada no gusta a esos alienígenas —comentó el almirante, responsable de la Marina.

—Caballeros…

El comisionado Holloway demandó la atención de los concurrentes a aquella mesa que se había constituido como cerebro para la defensa contra la invasión de los

biocosmos.

Todos miraron al comisionado y éste carraspeó ligeramente antes de proseguir.

—Tuvimos la oportunidad de acabar con los biocosmos, pero en aquellos instantes desconocíamos lo que eran en realidad y, muchísimo menos, sus intenciones. Ahora es una guerra declarada, ya no podemos basarnos en hipótesis. La humanidad confía en nosotros para escapar a esta plaga venida del espacio como en el Medievo la peste llegó a nuestras ciudades y diezmó a la población. Hubo suerte entonces y, pese a los millones de víctimas, se venció a la peste o se extinguió por sí misma. Quizá ahora todo puede resultar muchísimo más trágico, pese a nuestra sofisticada tecnología de defensa miliciana. No es un virus, no es una bacteria, no es un insecto, son seres inteligentes con un plan de ataque que. van modificando según las circunstancias. No es un enemigo convencional, según nuestra particular forma de ver a un enemigo. Para nosotros, lo más fácil es que se convirtieran en gigantes y atacarles, pero sólo adoptan esa forma cuando van a atacar ellos. Hay que encontrar a los biocosmos y pronto. A cada minuto que pasa, ellos se pueden estar multiplicando, creando más y más seres. El tiempo lucha en nuestra contra y a su favor. Debemos tener una mesa de coordinación y emplear todos los medios para descubrir el lugar donde se ocultan los biocosmos. Una vez localizados, será más fácil organizar la estrategia.

Todos aceptaron las palabras del comisionado Holloway, que representaba directamente al gobierno confedera!. Detrás de él estaba el secretario de estado confederal de la seguridad pública.

En aquel momento, el comandante general de las fuerzas milicianas cosmonáuticas atendió a su telecomunicador de pulsera. Lo acercó a su oído en pequeño volumen y luego pidió:

—¡Caballeros, caballeros! —Se hizo el silencio—.'Según el rastreo de los satélites artificiales, el lago Titicaca ha quedado sin vida biológica. Tampoco hay seres humanos en varios kilómetros a la redonda.

Hubo murmullos de asombro. Al fin, el general del ejército de tierra exclamó:

—¡Eso está a varios miles de kilómetros del área que estamos rastreando!

—Caballeros —habló a continuación el comisionado Holloway—, eso les dará una idea de la capacidad de traslación, velocidad y maniobra de nuestro enemigo, que, posiblemente prevenido1 ante nuestras operaciones de búsqueda, ha preferido atacar en otra zona y lo malo es que sigue multiplicándose y, de continuar así, pronto serán

trágicamente numerosos.

—Opto por emplear los misiles termonucleares de gran radio de acción —propuso el general de las fuerzas aéreas atmosféricas.

—Toda la investigación aérea y por satélites artificiales debe de coordinarse para ver qué dirección han tomado. De momento, sólo atacan para alimentarse y reproducirse. Si les dejamos seguir adelante, llegará el momento en que serán un ejército invencible —advirtió el general del ejército de tierra.

—Caballeros, no podemos seguir hablando aquí; lo inmediato es buscarlos.

Minutas más tarde, cientos de vehículos aeroatmosféricos despegaban para rastrear toda la superficie del planeta, mientras los satélites artificiales iban captando información.

Los navíos convencionales se situaban frente a las costas con sus baterías de misiles de largo alcance dispuestas para ser disparadas hacia los objetivos que se les marcasen, mientras los misiles termonucleares eran colocados en sus rampas de lanzamiento que giraban lentamente buscando un objetivo que aún ignoraban.

Mientras, caravanas, de vehículos privados huían hacia lugares donde no hubiera grandes masas de agua dulce; sin embargo, todos habían tomado reservas en sus propios vehículos del precioso elemento que también para les terrícolas era indispensable. Sin agua no había vida, ni para los alienígenas ni para los terrícolas.

* * *

La doctora Maira arribó al aeropuerto con su vehículo. Allí no había grandes cosmonaves, sino aeronaves de tipo pequeño, medio y de transporte de masas, para ser trasladadas de un punto del planeta a otro sin tener que salir de la atmósfera.

Mark Lastman la aguardaba junto a una nave de alta velocidad, una nave que tenía unas alas cortas posteriores que cas' se confundían con el timón de cola.

—Hola, Maira. —Miró su reloj de pulsera.

—Lo siento, he tardado un poco más por tratar de obtener la máxima seguridad.

-—No importa. ¿Lo has traído?

—Sí.

—Entonces, toma este petate naranja y ponte el traje.

—¿Qué traje?

—Es un traje de cosmonauta,

—¿Para qué?

—Resiste el impacto de los rayos cósmicos, los infrarrojos y los ultravioleta. Es una defensa.

—Está bien. ¿Y tú?

—Tengo otro.

—¿Dónde puedo cambiarme?

—Aquí mismo.

—¿Aquí?

—Sí, ¿por qué no? No hace falta que te quites las bragas.

—¿Qué dices? —protestó ella, mirando en derredor y viendo otras naves algo más lejos y grandes espacios abiertos para que las naves pudieran despegar o aterrizar.

—Yo también me cambio ahora.

Mark se quitó parte de sus ropas, que introdujo en el petate, Maira se encogió de hombros y se despojó de la casaca y luego de los pantalones.

Su cuerpo esbelto y atrayente quedó bañado por la luz del sol. Sin esperar más, se vistió con el traje de cosmonauta.

—¿El yelmo también hay que colocárselo? —preguntó Maira.

—Sí, pero no será necesario que conectes el aire comprimido.

—Voy a ahogarme.

—No' temas, pronto te acostumbrarás.

Maira se miró a sí misma, jamás antes había visto uno de aquellos trajes. Después señaló hacia su vehículo y dijo:

—El está en la caja.

—Voy en su busca, puedes ir subiendo al aparato.

Mark, también embutido en el traje de cosmonauta, se acercó al vehículo en el que había llegado Maira. Sacó una caja metálica que tenía un peso considerable y llevó al interior de la nave, Cerró la portezuela y se sentó frente a los mandos, pidiendo a la muchacha:

—Sujétate los atalajes.

—No puedo, este traje-es muy engorroso. Abulta demasiado y limita todos mis movimientos.

—Sí, ya sé que te mueves mucho mejor desnuda.

—Siempre haces alusiones a lo mismo, pero desgraciadamente me gustas.

—Tú también me gustas, pero de eso ya hablaremos I en otro momentos, si es que nos queda otro momento.

La aeronave silbó mientras se movía por la pista, buscando una de las cortas rampas de despegue. Segundos más tarde, se elevaba hacia el cielo a gran velocidad.

La doctora Maira ignoraba cuál era su rumbo y también cuáles eran les planes de Mark Lastman. Lo que sí sabía era que había exigido acompañarle, ella era la responsable oficial del contenido de la caja metálica.

CAPITULO XI

La aeronave fue perdiendo altura. Había disminuido su velocidad mientras enfilaba hacia una de las supuestas pistas de aterrizaje de Nazca.

—Es hermoso —musitó Maira, impresionada por el grandioso espectáculo.

—¿No las habías visto nunca?

—En películas, pero no desde el aire.

—Siempre se ha supuesto que fueron hechas por alienígenas en tiempos remotísimos para que aterrizaran sus naves, pero aún hoy, sigue siendo un misterio. Nosotros vamos a aterrizar ahora.

Mark descendió hasta el suelo por una de las rectas y consiguió detener la nave sin problemas. A su alrededor, el páramo, desierto, la más abrumadora soledad.

—¿Qué vamos a hacer aquí?

—Ya lo verás —le respondió Mark.

Abrió la portezuela de la nave y saltó al suelo, vestido con el traje de astronauta. Consultó su reloj.

—Dentro de unos minutos se hará de noche aquí.

—¿Es importante que se haga de noche?

—Sí.

—¿Por qué?

—Ya lo sabrás, haces muchas preguntas.

—Es mi obligación, soy una científico.

—Las mujeres sois excelentes científicos.

Examinó su entorno girando el cuerpo, ya que el casco espacial limitaba su visión, pese al amplio cristal que poseía.

— Esto está muy solitario —comentó.

—Aquí no hay nada.

—Así es, no hay nada. No hay hombres; no hay agua, que es lo más importante.

—Has elegido este lugar por la falta de agua?

—En parte, sí.

—¿Y la otra parte?

—Hemos trazado unas coordenadas sobre los movimientos de los biocosmos y deben estar en la mitad sur del cono sudamericano; pero pronto lo sabremos, cuando se haga de noche.

—¿Esperas detectarlos aquí?

—Vamos a operar bajo suposiciones, es lo único que tenemos. Ni los satélites artificiales, ni las aeronaves de rastreo, ni el ejército de tierra han conseguido descubrirlos, por lo tanto hay que tener ideas y ponerlas en práctica.

—¿Y si fallan?

—Buscaremos otras.

Tal como había previsto Mark Lastman, llegó el acoso del día en aquella zona misteriosa del planeta Tierra llamada Nazca, donde tantas y tantas historias de extraterrestres se habían tejido, sin llegar a descifrar jamás la verdad sobre los gigantescos símbolos marcados en el suelo y que fueran descubiertos gracias al advenimiento de la aviación. Posiblemente habían estado allí durante milenios, sin que nadie se apercibiera de su existencia.

—Ver llegar la noche aquí es como hallarse fuera del planeta Tierra. Es una sensación que conocemos bien les que hemos visitado planetas muertos.

—¿Has estado aquí otras veces?

—Sí. El cosmonauta que de verdad desea saltar al mundo sideral quiere pisar antes estos lugares. Es como pedir una especie de hipotético permiso a los extraterrestres que pudieron llegar al planeta Tierra hace siglos y siglos. ¿Sabes que algunos siguen diciendo que somos hijos de extraterrestres?

—Eso es sólo una teoría sin fundamento.

—Hay tantas teorías sin fundamento que tomamos como dogmas irrebatibles. En fin, hagamos lo que hemos venido a hacer aquí.

Del interior de la nave, Mark extrajo la caja metálica, que puso sobre una piedra. La abrió mientras la mujer lo miraba con atención y de su interior extrajo una campana de cristal con base doble, que servía de aireación para que el ser que permanecía dentro siguiera respirando.

—Tienes razón, Mark.

—¿En qué?

—En que parece que nos hallemos en otro planeta y no en la Tierra,

Ambos miraron hacia la campana dentro de la cual se hallaba el pequeño alienígena que había crecido dentro del terrario en el centro de investigaciones Arquímedes.

Aquel ser, formado por la unión de cientos de biocosmos que entrelazaban sus patas entre sí como una neurona a otra para comunicarse y formar un solo cuerpo, les miró con sus ojos amarillo-verdosos. Semejaba un extraño muñeco de feria, un muñeco feo y horrible, ‘ rechazado por los niños.

—Te vamos a soltar. Quizá te mate, invasor —silabeó Mark, enfrentado a él.

El alienígena le observó con pupilas desafiantes. Maira preguntó:

—¿Piensas que te comprende?

—Me temo que sí, todo él es como un cerebro. Nosotros sólo pensamos con nuestra cabeza y creo que él puede pensar con todo el cuerpo, por eso no serviría de nada que le abrasáramos la cabeza, las piernas o los brazos. Mientras quede algo de él, seguirá pensando y reproduciéndose, volviéndose a formar. Cuando se extermina una plaga hay que eliminar hasta el último de los seres vivos que la componen, porque la reproducción es el mayor peligro.

El pequeño alienígena no golpeaba la campana de cristal, se mostraba pasivo. Ya había comprobado por sí mismo que no era fácil abatir a los dos terrícolas.

Mark quitó los cierres de seguridad y alzó la campana.

—¡Mark, se va a escapar!

—No, no lo dejaré escapar, lo he traído aquí para ejecutarlo completamente porque él trata de exterminar teda la vida de este planeta. '

El alienígena formó el rayo entre sus ojos y Io disparó centra Mark. El traje de supervivencia espacial consiguió rebotar el rayo.

El alienígena volvió a disparar, esta vez sobre Maira y concretamente al cristal del casco espacial. El rayo también rebotó en él, sin. lograr su objetivo. Los trajes les protegían eficazmente contra el rayo paralizante del invasor extraterrestre.

En aquel momento, como consciente de su inferioridad física, el alienígena se descompuso en una pequeña nube de biocosmos, que flotó en el aire.

— i Se escapa ! —gritó Maira.

La nube se estiró y emprendió veloz huida por el aire, alejándose de los terrícolas, a los que no había podido vencer, mientras el cielo se tachonaba de estrellas.

—Tranquilízate, Maira; todo está previsto.

—¿El qué?

—Sube a la nave.

Dejando abandonadas allí la caja metálica y la campana de cristal, como dos reliquias del avance tecnológico humano, subieron a la nave.

Mark conectó una pantalla que hizo muchas oscilaciones hasta que consiguió retener la imagen moviendo unos diales. Entonces, vieron algo rojizo y alargado que se desplazaba,

—¿Qué es eso?

—La nube de biocosmos.

—¿De veras?

—Sí. Un satélite artificial les está siguiendo mediante una

telecámara de infrarrojos. Aguardaremos unos instantes y pondremos la aeronave en marcha. Les seguí-

remos, ahora ya no se nos van a despistar. El ojo que tenemos en órbita no los perderá.

—¿De modo que lo has traído aquí para que escapara y así poderlo seguir?

—Sí.

—¿Y para qué, si ya lo tenías encerrado?

—Hablé con la mesa de coordinación de defensa contra la invasión extraterrestre y les expuse mi idea. Estos seres deben comunicarse entre" sí y a distancia; es forzoso que así sea, de lo contrario no podrían formar un ejército de invasión.

—¿Y qué es lo que esperas conseguir?

—Que ese pequeño grupo de biocosmos se reúna con sus congéneres allá donde se encuentren, él sí sabrá encontrarlos. Ahora, en marcha.

Aquella especie de nube había aumentado su velocidad en forma sorprendente, pero el satélite artificial, con su objetivo de infrarrojos, no le perdía de vista.

Mark y Maira, a distancia en su aeronave, la seguían guiándose por los datos v la imagen que les proporcionaba el satélite artificial de vigilancia.

La aeronave pilotada por Mark tenía que volar despacio para no adelantarse a su perseguido.

La pequeña nube, tras orientarse, había escogido una 1 ruta rectilínea, que no abandonaba.

Llegaron a la Amazonia y, en una zona pantanosa del 1 Alto Orinoco, se detuvo.

—Ya está, ha llegado —dijo Mark, y maniobró con su nave para no pasar por el mismo camino.

—¿Seguro?

—Sí. Habíamos escogido la noche para que la detección por

infrarrojos fuera más perfecta y precisa. Durante el día, hasta las piedras se calientan y reflejan rayos infrarrojos, que podían confundir al espía electrónico orbital. Ahora ya lo tenemos, fíjate en la gran mancha. Han encontrado un buen lugar donde alimentarse y reproducirse, vastos pantanos llenos de insectos, de vida animal y vegetal que ellos devoran. Si salen vivos de ,

aquí, se habrán multiplicado casi geométricamente y su I destrucción va a ser casi imposible.

—¿Qué podemos hacer?

—Poner en marcha el plan.

Mark Lastman se elevó en el aire hasta los treinta mil pies, buscando el centro de la gran mancha que sobre la Amazonia formaban los biocosmos detectados. Allí debía estar toda la colonia reproduciéndose, preparándose para la gran invasión del planeta.

—¡Ahora!

Abrió una palanca y del vientre de la nave se desprendieron varios cilindros, que cayeron hacia su objetivo.

—¿Es el gas? —preguntó Maira.

—Sí.

—¿Será suficiente?

—No, pero les impedirá moverse durante unas horas; es más que suficiente. —Abrió un canal de telecomunicación—. Atención, atención, habla el comandante. Lastman. Operación Tierra Calcinada llamando al comisionado Holloway, llamando al comisionado Holloway...

—Operación Tierra Calcinada, comisionado Holloway contestando, cambio.

—El suelo ha comenzado, pueden hacer el resto, cambio.

—Magnífico trabajo, denos las coordenadas y haremos el resto.

Mark les transmitió las coordenadas y después se elevó más y más para después volar en círculo, mientras se mantenía vigilante.

—Era fácil que los satélites artificiales confundieran la masa de

biocosmos, no resultaba sencillo descubrirlos aquí.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—Vigilar que los que están dormidos no despierten,

No tardaron en aparecer por el horizonte varios puntos oscuros, que a una vertiginosa velocidad se precipitaron sobre el objetivo.

Cinco bombas estratégicamente disparadas cayeron

sobre la masa de biocosmos y de inmediato se elevaron al cielo los hongos atómicos, limpios de radiactividad.

La ola expansiva y de calor se propagó en cientos de kilómetros a la redonda, iluminando toda aquella tierra verde con una luz vivísima.

—Vámonos —dijo Mark, notando que las oleadas de aire caliente zarandeaban la nave que pilotaba y el calor aumentaba.

Regresaron al aeropuerto donde nada más llegar encontraron a un grupo de políticos y hombres de los ejércitos para felicitarles. La Operación Tierra Calcinada había dado sus frutos. Nada, absolutamente nada vivo había quedado allí.

La vegetación había desaparecido, incluso el agua. Las piedras se habían fundido y si una parte de la Amazonia se había convertido en pocos instantes en un desierto, también era cierto que el peligro de la invasión de los biocosmos había tocado a su fin.

Mark y Maira suspiraron cuando pudieron introducirse en un vehículo, tras recibir abrazos y felicitaciones.

—Se acabó, Mark. ¿Y ahora?

—Ahora, vivamos la vida. ¿No hablábamos antes de que nos gustábamos mutuamente? Pues a lo nuestro, que morir se puede morir en cualquier momento.

Sin importarle que él estuviera conduciendo, Maira le besó en los labios. Mark, sin apartarla, rebajó la velocidad y colocó la dirección automática; quería tener las manos libres.

FIN